OLMEDO BELUCHE

ENSAYOS SOBRE NACIÓN NACIONALISMO E HISTORIA

Ensayos sobre nación, nacionalismo e historia

© ENSAYOS SOBRE NACIÓN, NACIONALISMO E HISTORIA

© OLMEDO BELUCHE

ISBN 978-9962-24-286-4

EUPAN

Diseño, diagramación y corrección
©Editorial Universitaria Carlos Manuel Gasteazoro | 2024

Estafeta Universitaria
Panamá, República de Panamá
Teléfonos: 523-5172 / 523-5173 / 523-5666
Correo electrónico: eupan@up.ac.pa

Dirección de Pablo A. Navarro I.
Diseño y diagramación: Daniel González D.
Diseño de portada: Daniel González D.
Corrección ortotipográfica y de estilo: Sin Bein Kam

Primera edición, Panamá 2024
Impresión: 200 ejemplares

Todos los Derechos Reservados de esta edición.
Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin el previo consentimiento
y expresa autorización por escrito del autor.

OLMEDO BELUCHE

ENSAYOS SOBRE NACIÓN NACIONALISMO E HISTORIA

Índice

Prólogo. 9

Presentación. 15

Naciones imaginadas e ideologías nacionalistas. 21

Estado, nación e identidad en América Latina 47

Sobre mitos nacionales y el nacionalismo en Panamá 65

Filosofía de la nación romántica de Luis Pulido Ritter 75

Cuestiones metodológicas en torno a la historia del 3 de noviembre de 1903 89

Pensar la historia a partir de un ensayo de Alfredo Castillero Calvo 99

Tesis sobre la formación de la nación panameña.. 113

Reflexiones sobre la historia de Panamá 125

Prólogo

Los *Ensayos sobre nación, nacionalismo e historia* de Olmedo Beluche, sociólogo de profesión, son el resultado de una serie de investigaciones a través de las cuales el autor hace uso de un cuerpo teórico-conceptual e histórico para argumentar y debatir de manera crítica una serie de producciones sobre temas de nación, nacionalismo e historia desarrollados en el campo de la historiografía desde la filosofía, las ciencias sociales y humanísticas.

Partiendo de antecedentes históricos del siglo XVIII, de referentes teóricos y conceptuales sobre nación y nacionalismo e historia, el lector encontrará una diversidad de ensayos todos los cuales son interpelados como problemas históricos, historiográficos, políticos y culturales cuyas raíces hunden en el pasado, pero que son esenciales para comprender el acontecer presente y su posible conexión con procesos posteriores. Estos ensayos son: "Naciones imaginadas e ideologías nacionalistas", "Estado, nación e identidad en América Latina", "Sobre mitos nacionales y el nacionalismo en Panamá, "Filosofía de la Nación Romántica de Luis Pulido Ritter", "Cuestiones metodológicas en torno a la historia del 3 de noviembre de 1903", "Pensar la historia a partir de un ensayo de Alfredo Castillero C.", "Tesis sobre la formación de la nación panameña" y "Reflexiones sobre la historia de Panamá".

La presentación de los diversos ensayos tiene entre sus objetivos principales demostrar cómo la nación, o estado nacional, y su derivado, el nacionalismo, son hijos de la modernidad capitalista. En este orden de ideas Ernest Gellner (1988) en *Naciones y nacionalismos* afirma: "la organización social de la sociedad agraria no propicia en absoluto el principio nacionalista ... la era de la transición al industrialismo estaba abocada a ser también una era de nacionalismo".

En este proceso de conformación de la nación, o estado nacional y su resultante el nacionalismo "la mayoría de las culturas o grupos nacionales en potencia entran en la era del nacionalismo encaminándose dócilmente al matadero, al ver cómo su cultura (si bien no ellos como individuos) desaparece poco a poco, disolviéndose en una mayor perteneciente a un nuevo estado nacional (Gellner, 2001).

En ese sentido "El siglo de la Ilustración, del secularismo racionalista, trajo consigo su propia oscuridad moderna" como muy bien señala Benedict Anderson, en *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (1993).

En cuanto a la categoría del nacionalismo, el autor logra diferenciar entre un nacionalismo reaccionario y uno progresista para finalmente sostener que los marxistas consecuentes, en el plano político y moral, sólo pueden ser humanistas, no pueden ser nacionalistas, aunque puedan aliarse eventualmente con los nacionalismos progresistas para enfrentar al colonialismo y al imperialismo (Lenin, 1914).

Asimismo, cuestiona el nacionalismo al pretender la identificación de los modernos estados nacionales con una sola identidad. Identidad legitimada por la clase dominante de cada estado, que recurre a diversos instrumentos, empezando por

la manipulación de la historia, para crear "mitos nacionales" y luego inculcarlos a través de la educación, los medios de comunicación, la política, los "censos, mapas y museos" (al decir de B. Anderson), el deporte, etc. En esta manipulación ideológica muy eficaz, escribe Beluche, el nacionalismo, busca establecer una relación de igualdad entre el llamado "interés nacional" y el interés de la clase dominante". Y parodiando a Carlos Marx, afirma: el nacionalismo es el opio de los pueblos en la modernidad, más que la religión. Como Beluche otros: teóricos del nacionalismo han recurrido al pensamiento crítico para desentrañar su naturaleza básicamente intolerante, encontrando que uno de sus fundamentos: la edificación de una homogeneidad, es la base de una ideología encubridora de la verdadera naturaleza de la sociedad contemporánea, la de ser una sociedad dividida en clases sociales antagónicas. (Gabayet Jacqueton, 2014, p. 4)

Uno de los aspectos valiosos de los distintos ensayos presentados por Beluche es la forma magistral de cómo deconstruye el discurso sobre la cual descansa el acervo "epistemológico" de la Historia Oficial, un ejercicio intelectual de gran valía al permitir el rescate de la memoria que de una u otra forma han querido invisibilizar quienes pretenden mantener una hegemonía ideológica afín a los intereses de la dominación y explotación de los pueblos. En este sentido, el autor interpela el contenido de algunos escritos plagados de mitos, les encuentra un significado a las fuentes, y los interpreta alejándose así de la narración basada en eventos inconexos para dotarlos de profundidad histórica.

Es decir, toma distancia de la construcción y reconstrucción de los acontecimientos centrados en una visión tradicionalista donde pondera la anécdota al análisis y confunde la historia con meras cronologías porque les incomoda la posibilidad de enfoques revisionistas que pudieran cuestionar los hitos sobre los cuales descansan los valores de una alegada identidad nacional en la que

no hay sombras ni manchas de dudas tal como escribe Alfredo Castillero Calvo en el artículo: *Pensar la historia: Propuestas epistemológicas.*

Precisamente, en la sección de los ensayos correspondiente al tema sobre las reflexiones críticas a los aportes epistemológicos de Castillero; Beluche cuestiona algunas ideas planteadas por él. Una de estas es el enfoque asumido por Castillero cuando refiere a la relación entre lo económico y la cultura (o ideología) de la cual dice: "El materialismo histórico nos ha acostumbrado a pensar que el estudio del primero debe explicar el segundo... Al respecto, más adelante pone el ejemplo del período colonial, en el que las motivaciones de las personas estaban más en lo espiritual que en lo económico". Beluche replica sosteniendo: "si bien esto puede ser aplicable a algunos autores, no es el caso de la mayoría de los historiadores (as) marxistas de muy alta calidad como lo son: Maurice Dobb, Rodney Hilton, Christopher Hill, Eric J. Hobsbawm y Edward P. Thompson".

Y prosigue sus argumentaciones, anotando lo siguiente: 1-En realidad, lo que el marxismo señala es que existe una relación entre la organización social, no solo económica, con las formas de pensar de una época, con la cultura "inmaterial". No un "determinismo económico"; 2- El problema en la interpretación de los hechos esta cuando se eleva al absoluto un solo método para todos los problemas. De manera que, cuando se analizan los grandes conflictos sociales e históricos, el materialismo histórico nos ayuda profundamente, pero no es muy útil si hacemos micro-sociología o microhistoria, añade Beluche.

Finalmente, el autor sustenta el análisis; en algunos textos señalados por él como clásicos, aunque considera que en Panamá siguen siendo mayormente desconocidos. Algunas de las fuentes son: *¿Qué es una nación?,* de Ernest Renán (Renan,

1882); *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, de Benedict Anderson (Anderson, 1993); *Naciones y nacionalismo desde 1870*, de Eric J. Hobsbawm (Hobsbawm, 2000); y, El concepto socialista de nación, de Leopoldo Mármora (Mármora, 1977)". Además, incluye en su estudio para el caso específico de Hispanoamérica: Inventando *la nación. Iberoamérica. Siglo* XIX, de Antonio Annino y François Xavier-Guerra (Xavier-Guerra, 2003); así como *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas* (Pérez-Vejo, 1999) y también *La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispano* (Pérez-Vejo, 2003), de Tomás Pérez Vejo y respecto a la construcción de la nacionalidad panameña, en el sentido ideológico, referimos al ensayo: *Vasco Núñez de Balboa y la geopsiquis de una nación*, de Ariadna García Rodríguez (García Rodríguez, 2001); *Filosofía de la nación romántica (seis ensayos críticos sobre el pensamiento intelectual y filosófico en Panamá, 1930-1960)*, de Luis Pulido Ritter (Pulido Ritter, 2007); *El mito de los próceres. La verdadera historia de la separación de Panamá de Colombia* (Beluche, 2021).

Vilma Chiriboga
Panamá, 16 de febrero de 2024

Presentación

Nuestra generación creció bajo el signo de la Gesta del 9 de Enero de 1964. Una insurrección popular panameña contra el enclave colonial de la Zona del Canal construido por Estados Unidos a partir de 1903. Esa revolución popular, con su alta cuota de mártires, constituyó el evento que unificó a casi toda la población en la lucha por la independencia nacional frente a la dominación imperialista norteamericana. La bandera nacional principalmente fue el símbolo por excelencia de esa lucha por la soberanía.

El "patriotismo" con todo su simbolismo se convirtió en una especie de religión a la que estábamos obligados a rendir culto. Un "nacionalismo" que oscilaba entre el antiimperialismo y versiones más ingenuas frente a la clase dominante, según fuera la conciencia política de cada persona. Los símbolos de la nación eran sagrados. Por ejemplo, cuando se izaba o arriaba la bandera en cualquier calle, el tráfico y el público se detenían en actitud de respeto.

El caso de Panamá no era una excepción, ya que ese acontecimiento, seguido del proceso negociador de un nuevo tratado sobre el Canal de Panamá, especialmente bajo el régimen populista del general Omar Torrijos, hizo parte de una época histórica mundial: la era de los movimientos de liberación nacional y los procesos de independencia de las excolonias europeas de Asia y África. Ese período va desde el final de la Segunda Guerra Mundial (1945) hasta bien entrada la década de 1970.

No puede negarse tampoco la influencia que tuvo la nacionalización del Canal de Suez, por parte del presidente Gamal Abdel Nasser de Egipto en 1956, acontecimiento que hizo parte de la ruptura del orden colonial en el Medio Oriente. En Panamá, las movilizaciones precedentes a los hechos de 1964, como la "Operación Soberanía" y la "Siembra de Banderas" tienen una clara coincidencia temporal con los sucesos en Egipto. Sin duda, la Revolución Cubana de 1959 inspiró en gran medida a la juventud panameña, protagonista central del acontecimiento.

Una desacralización de "la religión que une a todos los panameños" (Omar Torrijos) ocurre en la segunda mitad de la década de 1980, atenazada por dos fenómenos: el interno, la utilización del nacionalismo de manera oportunista por el régimen represivo del general Manuel A. Noriega para sostenerse en el poder; el externo, el inicio de la llamada "globalización neoliberal" a partir del Consenso de Washington de 1980, reforzados por la desaparición de la Unión Soviética y la Caída del Muro de Berlín.

Estos nuevos aires de fines del siglo xx no solo permitieron una actitud crítica sobre lo que implica el "nacionalismo panameño", sino que en un sector significativo de la población hubo una renuncia a la lucha frente al colonialismo norteamericano, pasándose al otro extremo, avalando la invasión militar del 20 de Diciembre de 1989 y repudiando todo intento de actuación soberana del estado nacional frente al control imperialista. En parte, a esto último responden intentos reformistas en el modelo educativo nacional, en especial en los cursos de historia, que han derivado en sectores de las nuevas generaciones indiferentes al nacionalismo.

La reflexión intelectual respecto a la nación panameña también ha tenido una evolución:

1. En una primera fase, el pragmatismo de la elite conservadora separatista de 1903, cuyos actos carecían mayormente de ideología nacionalista y se justificaban por la conveniencia del momento para actuar bajo la tutela de Estados Unidos.

2. Un nacionalismo incipiente construido por los liberales de 1903, Carlos A. Mendoza, Eusebio A. Morales, Octavio Méndez Pereira y Belisario Porras, que sientan las bases del estado nacional y su "justificación" histórica como una suerte de determinismo geográfico. El Istmo determina la esencia de la nación y su vocación comercial.

3. Un nacionalismo con claros tintes racistas influido por el fascismo en boga en la Europa de las décadas de 1920 y 1930, que podemos encontrar en el Movimiento de Acción Comunal, en la Doctrina Panameñista de Arnulfo Arias M. y en la *Constitución Política* de 1941.

4. Una reflexión metafísica sobre las "esencias" de la panameñidad, iniciada por Diego Domínguez Caballero ("Esencia y actitud de lo panameño", 1946) e Isaías García (*Naturaleza y forma de lo panameño*, 1956).

5. A partir de la década de 1960, la Revolución Cubana y los movimientos de liberación nacional de la postguerra, influyeron en un análisis del "problema" nacional desde la perspectiva marxista, en la que destaca el equipo directivo de la revista *Tareas*, en particular de Ricaurte Soler y Marco A. Gandásegui. Pero es un enfoque marxista teñido de la perspectiva soviética de la Revolución por Etapas, es decir, la constitución del estado nacional independiente dirigido por la burguesía nacional. A nuestro modo de ver, por otro camino metodológico se llega al mismo determinismo geográfico, al aceptar el papel económico y político central

de la clase dominante. La diferencia con el enfoque liberal es que el estado debe estar libre de la tutela del imperialismo norteamericano.

6. El siguiente gran salto en el pensamiento crítico respecto a la "nación" es el libro de Luis Pulido Ritter *Filosofía de la nación romántica.* (*Seis ensayos críticos sobre el pensamiento intelectual y filosófico en Panamá*)*: 1930-1960*, ensayo que ganó el Premio Ricardo Miró en 2007. Por primera vez, un intelectual panameño señala que la nación y el nacionalismo no constituyen "esencias" eternas, sino que son una construcción histórica y cultural, en última instancia una ideología.

Los artículos recogidos en este libro muestran tanto una unidad como una evolución de nuestra reflexión sobre el concepto nación en general, así como sobre la nación panameña en particular. Una evolución que no escapó de la influencia de los acontecimientos y los enfoques reseñados brevemente en los párrafos precedentes. Una concepción desde la óptica epistemológica del materialismo histórico que bebe de las fuentes precedentes y que tiene una deuda particular con los aportes de la escuela marxista de Ricaurte Soler, pero también del enfoque posestructuralista de Luis Pulido Ritter.

Hemos pasado desde una infancia influida por un patriotismo exaltado y acrítico de inicios de la década de 1970, a la duda metódica sobre qué es la nación panameña, a partir de los estudios universitarios en los años de 1980, a una visión crítica marxista propia revisando la obra de Ricaurte Soler en mi tesis de maestría *Estado, nación y clases sociales en Panamá,* 1997.

La ruptura epistemológica con la historia oficial panameña, de corte liberal mayormente, empieza por una crítica de la "leyenda dorada" sobre 1903. Pasamos de los comentarios de los pasillos universi-

tarios sobre la obra de Oscar Terán (*Del Tratado Herrán-Hay al Tratado Hay-Bunau Varilla, historia crítica del atraco yanqui mal llamado en Colombia la pérdida de Panamá, y en Panamá nuestra independencia de Colombia*, 1936) a la confirmación de las dudas con la publicación del libro de Ovidio Díaz Espino (*El país creado por Wall Street*, 2003).

Esta evolución derivó en nuestro aporte particular con el ensayo *La verdadera historia de la separación de 1903* (2003) y su versión mejorada *El mito de los próceres* (2022), así como en múltiples artículos dispersos por la web.

Respecto al concepto de "nación" y su derivado el "nacionalismo", los artículos recogidos en este libro dan muestras claras de las influencias de Leopoldo Mármora, François Xavier-Guerra, Eric Hobsbawm y Benedict Anderson.

Una mención especial merece el enfoque de Vladimir I. Lenin, de quien tomamos su perspectiva dialéctica sobre la nación y el nacionalismo. Es decir, el fenómeno tiene dos caras: una reaccionaria, cuando sirve de instrumento ideológico para la opresión, discriminación y explotación de unas naciones sobre otras; y otra progresiva, cuando es bandera de lucha contra el colonialismo, el imperialismo, el racismo y la opresión.

La clase trabajadora, y su vanguardia política, deben hacer alianza con la segunda frente a la primera variante. Pero se nunca olvidar que el marxismo, ni epistemológicamente, ni políticamente, ni éticamente, puede ser nacionalista, pues es una filosofía política humanista que pretende la verdadera igualdad y fraternidad de todas las naciones y personas.

Olmedo Beluche
Febrero de 2024

Naciones imaginadas e ideologías nacionalistas

Para comprender a cabalidad el fenómeno de la nación, o estado nacional, y su derivado, el nacionalismo, hijos todos de la modernidad capitalista, hemos basado nuestro análisis en algunos textos que se han convertido en clásicos sobre este tema, aunque en Panamá siguen siendo mayormente desconocidos: *¿Qué es una nación?*, de Ernest Renan (1882); *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* de Benedict Anderson (1993); *Naciones y nacionalismo desde 1870*, de Eric J. Hobsbawm (2000) y *El concepto socialista de nación*, de Leopoldo Mármora (1977).

Para el caso específico de Hispanoamérica también es obligante leer: *Inventando la nación: Iberoamérica. Siglo xIx*, de Antonio Annino y François Xavier-Guerra (2003); así como *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas* (1999) y también *La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispano* (2003), de Tomás Pérez Vejo.

Respecto a la construcción de la nacionalidad panameña, en el sentido ideológico, referimos a los ensayos *Vasco Núñez de Balboa y la geopsiquis de una nación*, de Ariadna García Rodríguez (2001), *Filosofía de la nación romántica (seis ensayos críticos sobre el*

pensamiento intelectual y filosófico en Panamá, 1930-1960) de Luis Pulido Ritter (2007), *El mito de los próceres. La verdadera historia de la separación de Panamá de Colombia*, mi aporte personal (Beluche, 2021).

La nación es una invención moderna

He iniciado citando las referencias bibliográficas anteriores para poder lanzar la afirmación de este subtítulo, al que muchos considerarán herejía: la nación es un invento moderno, más específicamente del sistema capitalista y, para mayor precisión, su parto se inició a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, se gestó a lo largo de esa centuria; maduró hasta 1918 con la Liga de las Naciones; y ha terminado de parirse con los movimientos de liberación nacional y anticoloniales posteriores a 1945, y con la constitución de la Organización de Naciones Unidas (ONU).

La afirmación anterior no tiene que ver nada con una postura política o ideológica, sino en hechos reales y comprobados por especialistas de diversa procedencia política, como los citados: mientras François Xavier-Guerra perteneció al *Opus Dei*, fue conocida la adscripción de Eric Hobsbawm al marxismo. Benedict Anderson, en este ensayo que reseñamos, parece acercarse más a enfoques hermenéuticos. Las referencias citadas son estudios profundos sobre el tema y sus autores personas reputadas del ámbito académico.

Así como la nación es la forma moderna que adquiere el Estado en el régimen (o modo de producción) capitalista, los nacionalismos son la forma ideológica mediante la cual se otorga la "legitimidad" para gobernar, con la aceptación de los súbditos, ahora convertidos en ciudadanos.

Para lograr esa legitimidad política, mediante la construcción

de una "identidad nacional", la clase dominante de cada estado recurre a diversos instrumentos, empezando por la manipulación de la historia, para crear "mitos nacionales", y luego inculcarlos a través de la educación, los medios de comunicación, la política, los "censos, mapas y museos" (al decir de B. Anderson), el deporte, etc. Esta manipulación ideológica muy eficaz, el nacionalismo, busca establecer una relación de igualdad entre el llamado "interés nacional" y el interés de la clase dominante.

Por esa razón, parodiando a Carlos Marx, me permito afirmar otra herejía: el nacionalismo es el opio de los pueblos en la modernidad, más que la religión.

A la afirmación anterior, que es casi un axioma, le cabe una aclaración: en la arena internacional, en las relaciones políticas y económicas entre Estados, hay dos tipos de naciones, las opresoras o imperialistas, y las oprimidas, explotadas, dependientes o semicoloniales. Mientras que el nacionalismo de los países imperialistas siempre es reaccionario, pues sirve para legitimar el saqueo de otras naciones; el nacionalismo de las naciones oprimidas tiene un carácter progresivo, a veces, porque sirve para enfrentar o resistir la dominación extranjera.

Es necesario diferenciar entre el legítimo derecho de cada etnia, pueblo o nación de defender y preservar su cultura, su lengua, sus tradiciones, lo cual es correcto y un deber moral, de su contrario, la ideología nacionalista, la cual pretende exaltar e imponer el valor de una sola nación y su cultura por encima de las demás. Contra el nacionalismo que pretende la identificación de los modernos estados nacionales con una sola identidad, borrando las demás, hay que luchar por el reconocimiento constitucional del carácter pluriétnico y multinacional de cada estado nacional.

Partiendo del principio moral y legal de la igualdad de todos

los seres humanos en derechos humanos, culturales, políticos sexuales, es obligante reconocer y respetar la amplia riqueza cultural de la sociedad humana. Frente al mundo monocromático que defienden los nacionalismos hay que reivindicar la policromía de la cultura humana.

Por encima de los nacionalismos, reaccionarios o progresistas, la única filosofía política moralmente aceptable es el humanismo consecuente, que no procura ventajas para un grupo por encima de otros, sino que hace práctica concreta el viejo principio de los derechos humanos, del cristianismo y del marxismo, en el sentido de que todos y todas somos iguales en dignidad y derechos, sin importar el origen de etnia, de clase, de sexo o de identidad de género.

Los marxistas consecuentes, en el plano político y moral, sólo pueden ser humanistas, no pueden ser nacionalistas, aunque puedan aliarse eventualmente con los nacionalismos progresistas para enfrentar al colonialismo y al imperialismo (Lenin, 1914). Tampoco pueden ser nacionalistas los cristianos consecuentes, ni quienes aleguen defender la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* de la Organización de Naciones Unidas (1948).

Nacionalismo y marxismo, una relación problemática

La obra de Anderson, *Comunidades Imaginadas*, publicada por primera vez en 1983, es motivada por las guerras entre Estados "obreros" o "socialistas", de fines de la década de 1970, según confiesa el autor. La guerra de Vietnam contra Camboya (Kampuchea de Pol Pot), y de China contra Vietnam. En esos acontecimientos hay una contradicción, puesto que por definición el socialismo marxista es internacionalista ("los obreros no tienen patria"), pero en los hechos estos gobiernos, que se dicen inspirados en esa doctrina política, actúan bajo la lógica estatal nacional como cualquier otro estado.

Anderson cita a Eric Hobsbawm: “los movimientos y los Estados marxistas han tendido a volverse nacionales no sólo en la forma, sino también en la sustancia, es decir, nacionalistas” (1993, p. 19).

Más adelante dirá Anderson que la Unión Soviética actúa como la continuidad del Estado dinástico zarista hasta en la simbología, al asentar la sede del gobierno en el Kremlin, al igual que el Partido Comunista chino de Mao Zedong lo hizo en el Palacio Imperial (la “Ciudad Prohibida”). También cita a Tom Nairn, cuando afirma que el nacionalismo representa el fracaso histórico del marxismo, que es una “patología histórica moderna”, y el propio Anderson señala que es una “anomalía incómoda” que esta teoría no logra explicar.

Es interesante acotar aquí que, ante la novedad del fenómeno nacional, Vladimir Ilich Lenin pidió a José Stalin, en 1912 – 1913, que trabajara un texto sobre este asunto del que salió su conocida definición: “nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada esta en la comunidad de cultura” (Stalin, 1913), que ante la ausencia de alguno de estos factores dejaría de serlo.

Al parecer el ensayo no fue del agrado de Lenin, que un año después publicó su ensayo “Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación” (Lenin, 1914), en el que debatió con las concepciones de Rosa Luxemburgo sobre este tema (Luxemburgo, 2013). Mientras Luxemburgo no era partidaria de apoyar a los nacionalistas polacos, país en el que ella había nacido; Lenin, siempre defendió el derecho a la autodeterminación cuando estaba arraigado en la mentalidad de un pueblo, aunque la propuesta política de los bolcheviques era la unidad bajo una federación. Lenin fue consecuente con ese criterio como dirigente de la Unión Soviética y así lo ratificó con sus actos en Finlandia, Polonia, Ucrania y Georgia.

En el sentido de lo expresado por Benedict Anderson, respecto a las dificultades de la teoría marxista para explicar el problema nacional y que, al gobernar los partidos que se reclaman de esta teoría terminan capitulando al nacionalismo, es notable que la disquisición teórica de Stalin no sirvió para nada bajo su largo gobierno de la URSS, en la que asumió la perspectiva "gran rusa", siendo él mismo georgiano. Las diferencias con Stalin al respecto fueron una de las causas de la ruptura personal de Lenin en sus últimos años de vida con él.

La actualidad de este debate lo grafica el que Vladimir Putin, en febrero de 2022, cuando lanza su invasión a Ucrania, lo hiciera con un discurso en el que criticaba la forma en que Lenin había actuado, respetando los derechos a la autodeterminación, incluso la independencia de las "naciones oprimidas".

Las comunidades imaginadas de Benedict Anderson

Pese a que nación, nacionalidad, nacionalismo son términos difíciles de definir, "la nacionalidad es el valor más universalmente legítimo en la vida política de nuestro tiempo", dice Anderson, y agrega que el nacionalismo es un "artefacto cultural", en el que se expresan tres paradojas: 1. La modernidad objetiva de las naciones *vs* su antigüedad subjetiva según los nacionalistas; 2. La universalidad formal de la nacionalidad (todos tienen una) *vs* el particularismo de sus manifestaciones; 3. El poder político de los nacionalismos *vs* su pobreza filosófica (que nunca ha tenido ningún gran pensador).

La nación implica un ejercicio por el cual sus habitantes se la "imaginan" con unos contornos específicos gracias a los mapas, o sea que es "limitada"; se la imaginan como "soberana", es decir que en ella impera la libertad respecto a otras naciones; se la

imaginan viviendo un "compañerismo" entre sus habitantes, sin distingos de clase social.

Anderson señala que sin duda el nacionalismo es una ideología, pero no corresponde a una categoría política como liberalismo o fascismo, sino que está al nivel de categorías culturales como el "parentesco" o la "religión".

Define la nación como: "una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana". Y aclara: "Es imaginada porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas…, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión" (Anderson, 1993, p. 23).

En este sentido se apoya Anderson en el conocido ensayo de Ernest Renán que afirma:

> *…una nación existe cuando un número considerable de miembros de una comunidad consideran formar parte de una nación, o se comportan como si así ocurriera… Ahora bien, la esencia de una nación está en que todos los individuos tengan muchas cosas en común y también que todos hayan olvidado muchas cosas* (1882).

Anderson también cita a Gellner: "nacionalismo no es el despertar de las naciones a la autoconciencia, inventa naciones donde no existen".

Elementos culturales sobre los que se funda el nacionalismo

Anderson señala que lo llamativo de la primera y segunda Guerras Mundiales no es solo que se hayan inmiscuido tantos estados y hayan sido tan enormes los medios empleados, sino que tanta gente haya sido convencida de dar su vida por su nación (Anderson, 1993, p. 203).

Hay, pues, en el nacionalismo un culto a la muerte, en el que los cenotafios y las tumbas juegan su papel simbólico, así como los himnos y los héroes míticos caídos en nombre de la patria. En este sentido, tiene mucho en común con las comunidades religiosas que le precedieron en el tiempo como constructoras de comunidades imaginadas.

Afirma: "lo que estoy proponiendo es que el nacionalismo debe entenderse alineándolo, no con ideologías políticas conscientes, sino con los grandes sistemas culturales que le precedieron, de donde surgió por oposición" (Anderson, 1993, p. 30). Esos sistemas culturales son: la comunidad religiosa y los reinos dinásticos.

En la construcción de las grandes comunidades religiosas (cristianismo, islam, budismo, confucionismo) siempre hubo una lengua sagrada (franca) que jugó un papel central, a través de la que se construía la unidad de la comunidad como palabra divina. Los textos sagrados estaban escritos en latín, árabe, sánscrito, mandarín. Pero como la mayoría de la población era iletrada, le tocaba a una intelectualidad (clérigos) ser los intérpretes y transmisores de las ideas.

En el mismo sentido, a partir del siglo XVIII se consolidan dos elementos culturales claves para el nacimiento de las naciones y

el nacionalismo: la novela y el periódico. Pero estos medios son construidos a través de nuevos sectores sociales, intermediarios de las ideas con el pueblo, que ya no son los clérigos, sino la intelectualidad liberal y la burguesía. Es el "capitalismo impreso", como le llama Anderson, y fundamenta esta idea con una estimación de la cantidad de libros editados en Europa a partir de los siglos XVI y XVII.

Las lenguas a través de las cuales se transmiten las ideas (en periódicos y novelas) no son lenguas antiguas que sólo unos pocos leen, sino las lenguas "vernáculas" (vulgares) que hablan grandes poblaciones. Aunque las lenguas "nacionales" que se van construyendo dejan de lado muchos dialectos (identidades) regionales que se hablaban en la Europa medieval, de los cuales comienza a emanar una lengua formal pero accesible a una mayoría. Por eso Lutero, al traducir la Biblia al alemán, es uno de los grandes fundadores de la modernidad.

Aquí ya hay un proceso de "olvido" de ciertas identidades precedentes, como diría Renán. El surgimiento de los estados absolutistas (dinásticos) a partir del Renacimiento, así como asimila los feudos, principados, regiones y reinos bajo un solo gobierno, va imponiendo una lengua oficial que subsume a las lenguas comarcales.

Las lenguas elegidas para editar los libros y periódicos permiten la construcción de una "comunidad de hablantes" que sienten tener cosas en común, aunque vivan en lugares distantes y no se conozcan. Así mismo, la novela moderna da nacimiento a personajes genéricos que permiten crear esa ilusión de identificación en común.

Otro elemento que el nacionalismo hereda de la comunidad religiosa es la noción de tiempo, al decir de Anderson. Mientras

que, en la comunidad religiosa precedente, el presente era un instante entre la "creación" y el "juicio final", el cual se creía siempre próximo (tiempo mesiánico), a partir de los siglos XVIII y XIX (yo diría que desde el siglo XVI) el tiempo se transforma en "homogéneo y vacío", concepto que toma de Walter Benjamin (1955).

El capitalismo impone una noción de tiempo repetitivo medido por el reloj y el calendario. Tiempo cuya rápida obsolescencia está dada por el periódico (diario), como dice la canción, hasta el amor pasa y se transforma en el "periódico de ayer", algo viejo al día siguiente, como dice la famosa canción inmortalizada con la voz de Héctor Lavoe y escrita por Catalino Alonso.

Desde finales del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX, a la novela y los diarios, se suma otro ente cultural decisivo en la formación de la conciencia nacional o comunidad imaginada: la educación en general (para las masas populares) y la universidad (para la formación de una nueva intelectualidad nacionalista).

En este sentido, Anderson cita a Hobsbawm: "… el progreso de escuelas y universidades mide el progreso del nacionalismo, porque las escuelas, y en especial las universidades, se convierten en sus defensores más conscientes" (Anderson, 1993, p. 108).

La burguesía es la primera clase social a la que llega la alfabetización de manera generalizada, por ende, gracias a la lengua impresa, es la primera clase "… que alcanza la solidaridad esencialmente con base a la imaginación" (Anderson, 1993, pp. 115-116).

Pero luego, y a medida que se imponía la educación generalizada, "… a medida que aumentaba la alfabetización, se facilitaba el apoyo popular, cuando las masas descubrían una nueva gloria

al ver que las lenguas que ellos hablaban humildemente toda la vida alcanzaban las condiciones de impresas" (Anderson, 1993, p. 119).

Evolución del concepto "nación" a lo largo del siglo XIX

Eric Hobsbawm establece con claridad que, hasta el siglo XVIII, el concepto "nación" hacía referencia a los habitantes de una provincia, reino o país, lo cual no tenía nada que ver con una identidad "étnica" o lingüística. Para demostrarlo, utiliza la evolución de la palabra en de acuerdo con el Diccionario de la Real Academia Española (RAE) de la Lengua, que recién en la edición de 1884 agrega a la definición la existencia de "un gobierno común"; y en la de 1925, la cambia a: "conjunto de personas de un mismo origen étnico y que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición común". (2000, pp. 23-25)

Hobsbawm repite el análisis para los casos del alemán, francés e inglés verificando una evolución semejante al del español para lo que debía entenderse como "nación". A lo largo del capítulo titulado "La nación como novedad: de la revolución al liberalismo", llama la atención al hecho de que: la Declaración de Independencia de los Estados Unidos no utiliza el concepto nación, sino el de "nosotros el pueblo"; también afirma que la Revolución Francesa tampoco atendió al "principio de la nacionalidad"; ni siquiera cuando Adam Smith escribió "La riqueza de las naciones" utilizó el concepto en el sentido actual. (2000, pp. 23-53)

Para concluir, que: "El 'principio de la nacionalidad'… que cambió el mapa de Europa en el período que va de 1830 a 1878 era, pues diferente del fenómeno político del nacionalismo que fue

haciéndose cada vez más central en la era de la democratización y la política de masas en Europa". Ni siquiera cuando se unificó a Italia (1848-1870) existía unidad étnico lingüística, ni ese era el objetivo, lo que lleva a Massimo d'Azeglio a decir: "Hemos hecho Italia, ahora tenemos que hacer los italianos". En el mismo sentido, el polaco Pilsudski dijo: "Es el estado el que hace la nación y no la nación al estado" (Hobsbawm, 2000, p. 53).

En resumen, el estado nacional moderno, nace como una unidad territorial, poblacional y económica administrada por un gobierno (soberano), que en la práctica es multiétnico y plurinacional. Pero que, por razones de dominación política, posteriormente se promueve el nacionalismo como una ideología que pretende convencer a la ciudadanía de que constituyen una "nación" étnico-cultural que viene del pasado.

De ahí que Leopoldo Mármora recomiende distinguir las dos acepciones del concepto, que suelen causar confusiones: la de "nación-estado", es decir, una población y un territorio bajo un gobierno común; y la "nación-cultura", como unidad étnico lingüística (1977).

Del Estado dinástico (absolutista) al Estado nacional

Hemos señalado antes que, según Anderson, la nación y el nacionalismo encuentran sus referentes culturales en la religión y en la forma de Estado precedente, el "reino dinástico". Pero los "reinos dinásticos", ya fueran los medievales basados en el feudalismo, o las nacientes "monarquías absolutistas", basadas en un capitalismo comercial, que aparecen en Europa a partir del siglo XV y XVI, tenían un carácter completamente diferente a los actuales "Estados nacionales" o "naciones".

En primer lugar, esos reinos dinásticos no encontraban su legitimidad política en base a nacionalismos, sino en la religión y las iglesias, la cuales dotaban al monarca y sus herederos de un supuesto mandato de origen "divino". Ellos gobernaban en nombre de Dios y no de la "nación". La pertenencia del monarca a una etnia determinada, o a la lengua que hablaba, no eran el factor determinante por el que actuaba el Estado que representaban. Al respecto Anderson pone como ejemplo el caso de Inglaterra, que ha sido gobernada por dinastías de orígenes diferentes sin que se rompa la unidad estatal: sajones, galeses, normandos, escoceses.

Los reinos, principados y territorios que se sometían al gobierno del reino dinástico se adherían o por conquista o por alianzas matrimoniales. Todos eran súbditos de la Corona, aunque tuvieran orígenes étnicos distintos y hablaran diferentes lenguas. La comunidad estaba dada por la lealtad a la Corona o dinastía reinante. Al sultán de Estambul no le preocupaba si sus súbditos eran serbios, croatas, griegos, árabes, judíos, etc. Le preocupaba la lealtad a su dinastía y sus tributos a la Corona que representaba.

Mal que bien, esos Estados dinásticos "polilingües" o "políglotas" persistieron hasta la Primera Guerra Mundial, cuyo final implicó la desaparición de los imperios zarista, otomano, austrohúngaro y alemán, así como el debilitamiento de Inglaterra y Francia cuyos imperios coloniales desaparecerían después de la Segunda Guerra Mundial.

El proceso de identificar los regímenes dinásticos con un estado nacional particular se produce durante el siglo XIX. Por ejemplo, dice Anderson, en Rusia el régimen zarista utilizaba como lenguas oficiales el francés y el alemán hasta iniciado el siglo XIX. La "rusificación" de la corona inició en 1832 con Sergei Uvarov, que propuso el uso de ruso como lengua oficial del zarismo.

Pero esto generó a su vez el nacimiento de los nacionalismos ucraniano, letón y finés, que empezaron por organizarse en torno a sus respectivas lenguas, como una reacción frente al naciente nacionalismo ruso.

Respecto a Inglaterra, señala que hasta el año 1857 la India fue gobernada por una empresa privada, es a partir de ese año que el estado nacional inglés toma la batuta con un enfoque nacionalista que a su vez es imperialista. Anderson señala que esos "nacionalismos oficiales", surgidos desde el seno de los regímenes dinásticos son: aristocráticos, por su origen social; racistas en su legitimización de la dominación sobre otros pueblos (naciones); e imperialistas, por sus objetivos económicos.

En contraposición a los nacionalismos oficiales se presentan en el siglo XIX los nacionalismos "lingüísticos populares", que se construyen a partir de la intelectualidad liberal y la naciente burguesía local (o nacional). Estos "nacionalismos populares", como los denomina Anderson, son los que van a nacer en oposición a los nacionalismos oficiales, y va a ser en torno a ellos que se forjen los estados modernos que nacerán a lo largo del siglo XIX de la descomposición de los estados dinásticos. Es sabido que, en el caso español, por ejemplo, los nacionalismos catalán y vasco van a emerger en el siglo XIX.

Esta contradicción va a explotar con la Primera Guerra Mundial, en la que van a morir los regímenes dinásticos, como ya se ha dicho, y va a formalizarse en las relaciones internacionales un nuevo sujeto político: la nación-estado, legitimada por la Liga de las Naciones (Anderson, 1993, p. 161).

¿Qué había sucedido? ¿Qué cambió a lo largo del siglo XIX? El hecho de que, a medida que se consolidaron las solidaridades imaginarias, gracias al capitalismo y su instrumento, la imprenta, junto con algunas de las ideas del

gobierno basado en la razón (ilustración), y que las revoluciones sociales (obreras) pusieron en jaque y cuestionaron la viejas legitimidades dinásticas (religiosas), fue naciendo un nuevo tipo de legitimidad política que otorgaban, no los súbditos (que creían en el derecho divino), sino los ciudadanos que exigían derecho al voto y a la representación parlamentaria, para quienes la soberanía nacía del "pueblo", es decir, de la nación.

> Hobsbawm destaca el papel del presidente Woodrow Wilson de Estados Unidos en la desmembración de los estados dinásticos y la división de Europa en veintisiete naciones con posterioridad a la Primera Guerra Mundial (Hobsbawm, 2000, p. 41).

Nosotros nos atrevemos a afirmar que la política exterior norteamericana, a lo largo del siglo XX, promovió, por conveniencia a sus intereses capitalistas, la desaparición de los estados dinásticos multinacionales, la desaparición del mundo colonial y el surgimiento de naciones estado por todo el mundo. Los "Catorce Puntos de Wilson", formulados en 1918, sobre la base de los cuales se funda la Liga de Naciones; así como *La Carta del Atlántico* de Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill, firmada en 1941, que se recogería en la fundación de las Naciones Unidas, son claros respecto a la idea de un mundo basado en naciones-estado, "soberanas" en apariencia.

Las independencias americanas y las naciones

En el capítulo Iv, Benedict Anderson se refiere al proceso de surgimiento de las naciones independientes de América, incluyendo las colonias inglesas de Norteamérica, así como las hispanoamericanas. Aceptando que son los nuevos Estados independientes los "pioneros" en la creación de naciones, establece que

hay una excepción respecto al proceso europeo. En América la lengua no fue el factor central para la construcción de una identidad nacional, puesto que las lenguas oficiales de las nuevas naciones siguieron siendo las de las metrópolis coloniales: inglés y español.

Los elementos en torno al que surgirán las naciones americanas tienen que ver con: el liberalismo económico y el republicanismo político. Su actor central no fue una revolución surgida desde abajo, sino la burguesía criolla. Los contornos geográficos de los estados nuevos fueron definidos siguiendo la estructura administrativa colonial que les precedió (*uti possidetis iuris*).

Tomás Pérez Vejo señala que la historia oficial hispanoamericana comete un anacronismo al decir que las guerras de independencia de América fueron contra la "nación española", que no existía por entonces, por parte de otras "naciones" que tampoco existían. La independencia fue un proceso de guerras civiles, que terminó por imponer la forma republicana de gobierno contra lo que él llama "monarquía católica", es decir, el estado dinástico borbón, representado por Fernando VII. Por ello critica a las historias oficiales que pintan la independencia como si fueran movimientos de liberación nacional (Pérez Vejo, 2019).

En el mismo sentido hemos sostenido que el proceso de independencia hispanoamericano fue "más un conflicto de clases que de identidades nacionales", provocado por la crisis de la monarquía ante la invasión napoleónica de España y el vacío político que dejó. En el primer momento los criollos no pretenden una independencia política frente a la Monarquía católica (Beluche, 2021).

De 1808 a 1810, lo que se llamó "guerra de independencia", tanto en la península Ibérica como en América, lo fue contra

la ocupación francesa. De 1810 en adelante creció el reclamo por el establecimiento de Juntas Gubernativas en las ciudades americanas con la participación de los criollos. La negativa del sector monárquico recalcitrante a aceptar las juntas y compartir el poder desencadena en las guerras civiles, que derivan hacia la ruptura y las proclamas independentistas a partir de 1811 (Caracas, Bogotá, Cartagena), 1816 (Provincias Unidas del Río de La Plata), 1821 (Perú, México y Centroamérica) 1825 (Bolivia).

De las guerras civiles nacieron nuevos Estados a los que les costó décadas estabilizar sus regímenes políticos republicanos, ya que a la independencia les sucedieron casi cincuenta años de guerras civiles que eran una continuidad del mismo conflicto entre conservadores y liberales. No es hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando los contornos políticos de los estados se van consolidando en su relación con el mercado mundial, cuando una burguesía exportadora de algún producto estructura el Estado en torno a ella. Allí es cuando inicia el proceso de creación de las identidades nacionales autóctonas y la creación de los mitos históricos (Beluche, 2021, p. 147).

Los "nacionalismos coloniales" de Asia y África

Es interesante que las naciones surgidas de la colonización europea, en África y Asia, mantuvieron dos elementos de los "estados coloniales" que les precedieron: entre las lenguas oficiales de los nuevos estados prevalecieron las lenguas impuestas por los colonizadores (inglés, francés, portugués, etc.); y, en segundo lugar, la delimitación geográfica de esos estados nacidos del colonialismo mantuvo las líneas de demarcación administrativas definidas por los colonizadores.

En las décadas de colonización europea de África y Asia se crearon estados coloniales que no atendían para nada a las comunidades étnicas y su geografía política fue definida por los intereses comerciales de los capitalistas europeos. Miles de lenguas originarias que hablaban los pueblos colonizados no desaparecieron, pero no fueron tomadas en cuenta por los colonizadores, lo cuales construyeron sistemas educativos para las élites locales basados en lenguas y modelos europeos, inclusive muchos pudieron viajar a las universidades del viejo continente a formarse académicamente.

De manera que, de las entrañas de los estados coloniales, pudo surgir una élite intelectual formada a la manera europea y que asimiló los elementos culturales, entre ellos el nacionalismo imperial, así como las nuevas formas políticas y legitimidades, de las metrópolis en las que se formaron. Un ejemplo de ello fue Ho Chi Min, gran líder de la lucha por la liberación nacional de Vietnam, y fundador del Partido Comunista vietnamita, que estudió en París.

Al respecto dice Benedict Anderson:

> Nada indica que el nacionalismo ghanés sea menos real que el indonesio simplemente porque su lengua nacional sea el inglés antes que el Ashanti. Siempre es erróneo tratar las lenguas como las tratan ciertos ideólogos nacionalistas: como *emblemas* de la nacionalidad, como las banderas, las costumbres, las danzas folklóricas y demás. Lo más importante de la lengua es, con mucho, su capacidad para generar comunidades imaginadas, forjando en efecto *solidaridades particulares*. Después de todo, las lenguas imperiales siguen siendo vernáculas… La lengua impresa es lo que inventa el nacionalismo, no una lengua particular por sí misma. (1993, pp. 189-190)

Para Anderson, los nacionalismos coloniales pudieron asimilar las experiencias de los nacionalismos que les precedieron: a. Los sistemas educativos, civiles y militares inspirados por el nacionalismo oficial; b. Elecciones, partidismo y eventos culturales surgidos del nacionalismo popular europeo; c. La idea de la república de ciudadanos que fundó los Estados nacionales de América (Anderson, 1993, p. 191).

Tres instrumentos que sirvieron a la dominación colonial, pero también para construir las nuevas comunidades imaginadas del estado colonial, fueron: el censo, el mapa y el museo.

El censo porque inventa criterios de raza que no existían, por los cuales se desconocen las comunidades étnicas reales para imponer criterios genéricos por parte de los colonizadores. Es un proceso parecido al que hicieron los españoles al llamar "indios" a los habitantes originarios, desconociendo sus reales identidades y meterlos en una misma clasificación humana genérica. Lo mismo pasó al clasificar ciertas poblaciones como: chinos, árabes o hindúes.

El mapa, convertido en "logotipo", masificado y distribuido en escuelas y postales turísticas, sirvió para que la gente se identificara con un territorio que antes no existía en la imaginación de los habitantes de una región, incluso cuando los nuevos límites dividían a los pueblos originarios.

El museo es otra herencia del estado colonial que le permite a las generaciones del siglo XX redescubrir un pasado, especialmente si incluye monumentos de civilizaciones precedentes, con el cual inclusive se pudo haber perdido todo nexo de memoria, pero que va a servir como símbolos de esa nación imaginada que míticamente se hunde en un pasado remoto. "Entrelazados entre sí, entonces, el censo, el mapa y el museo iluminan el estilo de pensamiento en el Estado colonial tardío, acerca de su propio

dominio" (Anderson, 1993, p. 257).

El papel de las historias oficiales como "biografías de la nación"

No es casualidad que haya una sincronía temporal entre el nacimiento de los estados nacionales, el nacionalismo y los modernos enfoques de la historia como una labor que escudriña el pasado para dar base en las tradiciones al nacionalismo. Anderson indica que los grandes historiadores de la modernidad nacen en la misma generación, en el cuarto de siglo a partir de la Revolución Francesa: Ranke (1795), Michelet (1789), Tocqueville (1805), Marx y Burckhardt (1818).

Las primeras cátedras de historia se fundan en 1810 en la Universidad de Berlín y en 1812 en la Sorbona. En América el "nacionalismo no lingüístico" nació a partir de la década de 1830. La intelectualidad y la burguesía, que empiezan a tomar conciencia de sí, "redescubren" en el estudio del pasado, el lenguaje, el folklor y la música, algo que se figuran que habían sido (Anderson, 1993, p. 272).

La labor de las nuevas historias nacionales no fue inocente, ni meros "registros", sino que era una historia "tramada en formas particulares".

Aquellos a quienes estaba exhumando no formaban de ninguna manera, una reunión al azar de muertos olvidados y anónimos. Eran aquellos cuyos sacrificios, a lo largo de la historia, hicieron posible la ruptura de 1789 y la aparición de la tímida nación francesa, (Michelet and Anderson, 1993, p. 275).

Cita a Michelet cuando dice, respecto a los muertos que exhuma:

> Nunca en mi carrera he perdido de vista ese deber del historiador. He dado a muchos muertos demasiado olvidados la ayuda que yo mismo necesitaré. Los he exhumado para una segunda vida (…) Hoy viven con nosotros, que nos sentimos sus padres, sus amigos. Así se forma una familia, una ciudad común entre los vivos y los muertos… Necesitan un Edipo que les explique su propio enigma cuyo sentido no captaron, que les enseñe lo que querían decir sus palabras, sus actos, que ellos no han comprendido. (Anderson, 1993, p. 275)

A partir de aquí, Anderson (1993) vuelve a reflexionar sobre la afamada cita de Ernest Renán:

> Ahora bien, la esencia de una nación está en que todos los individuos tengan muchas cosas en común y también que todos hayan olvidado muchas cosas: todo ciudadano francés *debe haber olvidado* la noche de San Bartolomé, las matanzas del Mediodía del siglo XIII. (1993, p. 277).

Anderson reflexiona sobre ese acto de "olvido". La matanza de San Bartolomé fue un asesinato masivo de hugonotes en el año de 1572 ordenado por el rey Carlos IX; la "masacre del Mediodía", fue el exterminio de los albigenses en el sur de Francia. La paradoja, dice Anderson, es que el "olvido" que sugiere Renán, no es tal, sino que es en realidad un "recuerdo/olvido", por el cual se hermana a víctimas y asesinos para hacer del hecho un acto épico en el forjamiento de la nación.

Según el autor:

> Tener que 'haber olvidado ya' unas tragedias que nos tienen que 'recordar' incesantemente es un recurso característico

> en la construcción ulterior de las genealogías nacionales. ... Una vasta industria pedagógica funciona sin cesar para que jóvenes norteamericanos recuerden/olviden las hostilidades de 1861-1865 como una guerra 'civil' entre 'hermanos' y no -como brevemente fueron- entre dos naciones Estados. (Anderson, 1993, pág. 279)

Benedict Anderson, en la parte final de su libro, reflexiona sobre el otro enfoque metodológico de la historia, que no es el método positivista volcado al rescate de héroes, muertos y tragedias, sino la moderna historia económica al estilo de la Escuela de los Anales que, en apariencia está centrada en datos demográfico y económicos impersonales. Pero resulta que en este enfoque también la Historia opera como "biografía de la nación".

Cita a Fernand Braudel cuando dice: "Los hechos -…- son efímeros; pasan por el escenario de la historia como chispazos momentáneos; no bien han aparecido, vuelven a la oscuridad y con frecuencia al olvido". Después de la cita, agrega Anderson: "Para Braudel, las muertes que importan son esas miríadas de acontecimientos anónimos que, acumulados y dispuestos en tasas seculares de mortalidad, le permiten seguir las condiciones de vida (en lento cambio) de millones de seres humanos anónimos, a quienes lo último que se les pregunta es su nacionalidad".

Y concluye: "Sin embargo, para los cementerios de Braudel, que se acumulan implacablemente, la biografía de la nación destaca (en contra de la presente tasa de mortalidad) suicidios ejemplares, martirios conmovedores, asesinatos, ejecuciones, guerras y holocaustos. Mas, para servir al propósito de la narrativa, estas muertes violentas deben ser olvidadas/recordadas como "nuestras" (Anderson, 1993, p. 286).

El caso panameño: la ideología de la nación bajo un designio geográfico

En el caso de Panamá, el estado nacional propiamente "panameño" surgió con posterioridad a 1903, no como producto de una lucha contra la opresión extranjera, sino todo lo contrario, como producto de una intervención imperialista de Estados Unidos para imponer la construcción del canal interoceánico bajo su absoluto control militar. Este "trauma" de origen, como la llamaría Hernán Porras (1993), ha sido causa de múltiples problemas en la construcción de la argumentación lógico argumental del "nacionalismo" del nuevo estado.

Hubo una "crisis de identidad" nacional de inicios de siglo xx, cuando la clase dominante encontraba una masa popular que "recordaba" su recientemente perdida "identidad colombiana" y una masa de trabajadores del canal de orígenes anglo y franco parlante provenientes de las Antillas. Esta situación motivó las preocupaciones de la intelectualidad del recién fundado estado panameño por construir esa identidad a partir de los años de 1920. La estrategia de construcción del nacionalismo "romántico" panameño recurrió a todos los frentes: la literatura, la historia, la filosofía, el folklorismo, etc. (Pulido Ritter, 2007).

El primer obstáculo en el "imaginario" de la nación panameña estaba en más de cien años de historia común con Colombia. Había que enfatizar lo que "nos hace distintos" y contradictorios a la identidad nacional colombiana. Lo cual obligaba a revisar la historia colombiana del Istmo de Panamá para "encontrar" o "inventar" lo diferente, pues la intelectualidad istmeña hasta el siglo xIx no se diferenciaba de la colombiana, incluido el propio Justo Arosemena, al cual Ricaurte Soler elevó a la calidad de "padre" de la nación panameña, *post mortem*.

Carlos M. Gasteazoro, fundador del departamento de historia de la Universidad de Panamá, siguiendo los criterios ya citados de Michelet para el caso francés, propone a nuestros historiadores esa labor de reescribir la historia del Istmo. (1971).

La literatura jugó un papel central en la construcción del imaginario nacional panameño y de su mito fundacional principal: el conquistador Vasco Núñez de Balboa, al "descubrir" el Mar del Sur atravesando el Istmo de Panamá definió la "vocación" de sus habitantes, su "destino manifiesto", al servicio del comercio mundial. Jugando la función que describe Anderson de la novela en la formación de los nacionalismos modernos, *Núñez de Balboa. El tesoro del Dabaibe* (1934), de Octavio Méndez Pereira ayuda a construir ese imaginario nacional de manera más eficaz que la historia.

Ariadna García Rodríguez desnuda la manera en que hábilmente Méndez Pereira, a partir de tertulias de los intelectuales panameños en el Café Coca Cola en la década de 1920, construye la trama de su novela para que se convierta en la Biblia de la nacionalidad: fusionando territorio, istmo, mar, con el amor entre la "raza" hispana y la "raza" indígena, representada por el "amor" entre Balboa y Anayansi, de cuyo mestizaje supuestamente surge la "nación panameña" con una misión histórica volcada al transitismo (García Rodríguez, 2001).

Le tocó al magisterio panameño, formado cual ejército disciplinado y bien "armado", a partir de su cuartel en la Normal de Santiago, construida en los años de 1930, dispersarse por el territorio para difundir el mito fundacional del país, borrar todo vestigio de "colombianidad" y promover la ideología del "*promundi beneficio*" muy conveniente a la clase capitalista comercial que ha controlado el país.

Bibliografía

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo.* México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Beluche, O. (2021). *El mito de los próceres. La verdadera historia de la separación de Panamá de Colombia.* Bogotá: Antónima.

Beluche, O. (2021). *Independencia hispanoamericana y lucha de clases* (4 ta. ed.). Panamá: Imprenta Universitaria de la Universidad de Panamá.

Benjamín, W. (1955). *Tesis de Filosofía de la Historia.* Obtenido de Revolta Global: www.revoltaglobal.net

García Rodríguez, A. (Julio-Setiembre de 2001). Vasco Núñez de Balboa y la geopsiquis de una nación. *Revista Iberoamericana,* LXVII(196), 461-473. Obtenido de https://www.researchgate.net/publication/45385937

Gasteazoro, C. (1971). Estudio preliminar al Compendio de Historia de Panamá. En J. B. Arce, *Compendio de Historia de Panamá.* Panamá: EUPAN.

Hobsbawm, E. J. (2000). *Naciones y nacionalismo desde 1870.* Barcelona: Crítica.

Lenin, V. I. (Febrero - mayo de 1914). *El derecho de las naciones a la autodeterminación.* Obtenido de Marxist Internet Archive: https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/derech.htm

Luxemburgo, R. (2013). La cuestión nacional. En R. Luxemburgo, *Obras Escogidas* (págs. 117 - 311). México, D. F.: Talleres Gráficos del Partido del Trabajo.

Mármora, L. (Enero - Marzo de 1977). El concepto socialista de nación. *Cuadernos Pasado y Presente* (96), 9-27.

Pérez Vejo, T. (2019). De colonias a estados nacionales. Independencia y descolonización en América y el mundo en los siglos XIX y XX. En E. A. Mora (Ed.), *Nuevos enfoques teóricos en torno a las guerras de independencia.* Buenos Aires: Universidad Andina Simón Bolívar.

Pérez-Vejo, T. (1999). *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas.* Oviedo: Ediciones Nobel S. A. Obtenido de https://www.researchgate.net/publication/270959432_Nacion_identidad_nacional_y_otros_mitos_nacionalistas

Pérez-Vejo, T. (Octubre - Diciembre de 2003). La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispano. (C. d. México, Ed.) *Historia Mexicana*, LIII(2), 275-311. Obtenido de https:www.redalyc.org

Porras, H. (1993). Papel histórico de los grupos humanos de Panamá. En M. A. Gandásegui, *Las clases sociales en Panamá* (págs. 41-77). Panamá: CELA.

Pulido Ritter, L. (2007). *Filosofía de la nación romántica (seis ensayos críticos sobre el pensamiento intelectual y filosófico en Panamá, 1930-1960).* Panamá: INAC, Colección Ricardo Miró.

Renan, E. (1882). *¿Qué es una nación?* Paris. Obtenido de https://perso.unifr.ch

Stalin, J. (enero de 1913). *Marxist Internet Archive.* Obtenido de El marxismo y el problema nacional y colonial: https://www.marxists.org/espanol/stalin/1910s/vie1913.htm

Xavier-Guerra, A. A. (2003). *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo* XIX. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Estado, nación e identidad en América Latina

Primera aclaración conceptual-metodológica

Para comprender el esquivo concepto de "nación", y su derivado "el estado nacional", es bueno guiarse por el consejo de Leopoldo Mármora quien, citando a los clásicos alemanes Fichte y Humbolt, distingue entre "nación–estado" y "nación-cultura". Entendiendo por "nación–estado" la tradicional definición de: un territorio, con una población y un gobierno soberano; y por "nación–cultura", una población que se autoidentifica por sus costumbres, tradiciones e historia, identidades que se expresan mediante una lengua propia, que puede o no tener gobierno propio, y puede o no tener un territorio propio.

La "nación–estado" representa la estructura social y económica edificada por la clase capitalista moderna cuyo andamiaje es un mercado interno, espacio para su acumulación de capital y explotación de la fuerza de trabajo. La "nación-cultura" constituye una superestructura ideológica, que a veces se corresponde con la estructura socioeconómica descrita (nación-estado) pero muchas veces no se corresponde (por razones históricas) a la estructura de la que hace parte. La "nación–cultura" consiste en lo que cierta antropología llama "etnos" o "etnia", y que la antropología postmoderna denomina "identidad nacional" en el sentido de "comunidad imaginada".

Ejemplo del primer caso es cualquier país miembro de las Naciones Unidas en este momento, por ejemplo, Argentina. Ejemplo del segundo caso, las naciones originarias de América, en Panamá: dules, ngäbes, buglés, emberás, etc. Otro ejemplo del segundo caso, el pueblo gitano.

Los estados-nacionales de Hispanoamérica nacimos no sólo de un estado nacional común, el imperio español, sino de una nacionalidad o nación–cultura común, la hispana. De allí la utopía centenaria de la unidad hispanoamericana y la posibilidad de una confederación que nos una bajo un mismo estado-nación, como soñó Bolívar. Hispanoamérica es una nación fragmentada. Caso opuesto son nuestros pueblos originarios (o indígenas), los cuales siendo naciones diferentes (cada uno con su lengua, historia y tradición) han sido enlatados bajo un concepto despectivo común, nacido de la opresión, los prejuicios, la explotación económica y el racismo, el concepto de "indios".

Podríamos decir que hoy los estados hispanoamericanos (por extensión latinoamericanos), en su mayoría (no todos), son "estados-nación", cuya identidad central es hispana (la de la clase dominante y de la mayoría de la población "mestiza", genética y culturalmente) pero que contienen dentro de sí otras identidades nacionales o naciones (etnias, dirían los antropólogos).

Dicho lo anterior podemos establecer la tesis central de este ensayo: en Hispanoamérica, surgen primero (en la tercera década del siglo XIX) los estados nacionales producto de la crisis política y social del imperio español, pero las naciones-cultura (identidades) no aparecen sino posteriormente (hacia mediados del siglo XIX). Es decir, la independencia no se produjo por un proyecto preconcebido de construir un estado en torno a una identidad nacional (México o Venezuela, p.e.), sino para garantizar los intereses de una variedad de sectores o clases sociales (criollos,

castas) frente a la voracidad y represión de un estado decadente (el español).

Con exclusión de las comunidades o naciones originarias, y tal vez de algunos segmentos de la población de origen africano que aún no estuvieran culturalmente asimilados, la mayoría de la población encabezada por la clase dominante (los criollos) de Hispanoamérica se autoidenficaba a sí misma como "españoles de América", algunos hasta 1811, y otros aún lo hacían hasta 1821–1825. Consumada la independencia en ese último lustro, sobrevino un largo período de guerras civiles internas entre diversos sectores sociales y regionales cada uno con su proyecto de estructuración de "estado nacional". Estas guerras entre federalistas y centralistas, o liberales y conservadores, van a durar aproximadamente hasta 1850 cuando, a partir de la relación con el mercado mundial, se va a dar forma definitiva a los estado-nacionales. Es entonces cuando empieza el proceso de elaboración cultural de la identidad nacional, una vez aclarada la estructura definitiva del estado.

Nuestras historias oficiales no distinguen esos dos momentos diferenciados. Y no lo hacen no por error, sino como una manipulación ideológica de la historia (y de las identidades) por parte de las clases que dominan nuestros estados nacionales.

Distinguir entre nación–estado y nación-cultura es importante, en cuanto permite, por ejemplo, evitar el error de no reconocer el carácter de naciones a los pueblos que carecen de estado (o gobierno o soberanía propias) porque están sometidos como "minoría" bajo el estado de otra etnia o nación-cultura. Caso patente es el del estado español en este momento, cuya clase dominante (centralmente castellana) se niega a reconocer el carácter de "nación" a catalanes y vascos, para no ceder "derechos" y "competencias".

Casi todos los grandes conflictos mundiales de hoy nacen de esa realidad contradictoria, es decir, de la opresión nacional. Como observara Lenin hace cien años: en el mundo dominado por el capitalismo en su etapa imperialista, existen dos tipos de naciones, las opresoras y las oprimidas. En la complejidad política y social actual se superponen contradicciones de clases y contradicciones nacionales y, entre éstas últimas, las luchas por la soberanía del estado–nación, tanto como luchas por la sobrevivencia y reconocimiento de las naciones–cultura (identidades).

Un segundo problema metodológico: la historia del concepto

Hasta inicios del siglo XIX no existía la distinción que acabamos de hacer entre dos acepciones del concepto "nación". Hasta ese momento, nación era sinónimo de "estado" (o sea, población, territorio y gobierno soberano). Tal vez el factor central del concepto era el de autoridad o gobierno que rige un territorio. No había la compresión consciente de que los pueblos con tradiciones culturales comunes tuvieran algún tipo de "derecho", menos al autogobierno o a la autonomía. Por ende, el concepto "nación-cultura" no existía.

El concepto moderno de "nación", que nace con el capitalismo (dirigido por la burguesía, nueva clase hegemónica), es un proceso mediante el cual se estructura una unidad geográfico-política con una función económica: la construcción de un mercado interno (de explotación de fuerza de trabajo y de consumo de mercancías) y una participación en el mercado mundial. El factor cultural de la nación (identidad nacional) emerge aquí como parte del proceso de legitimación político–ideológica del Estado moderno, dirigido por la burguesía.

El movimiento cultural que se conoce como "romanticismo",

expresó ese proceso reivindicando un pasado imaginario e idealizado. El romanticismo fue especialmente fuerte en la cultura germánica, la cual, a esa fecha, carecía de un estado-nacional unificado que la expresara, pero cuya legitimidad los románticos fundamentaban en ese pasado que se hundía en el tiempo.

Esta idealización del pasado fue incorporada por la burguesía como parte de la legitimación ideológica de su dominación. Para que los explotados se sintieran "identificados" con el estado burgués que les explotaba era imprescindible la construcción de esa "comunidad imaginada" que parecía proceder natural- mente del pasado. La educación pública masiva y los medios de comunicación modernos ayudaron activamente al triunfo de esa ideología o "identidad nacional".

Así se extiende el uso del concepto de nación–cultura por todo el mundo apoyado en una necesidad lógica del sistema capitalista, el cual había destruido las viejas referencias de identidad o de pertenencia características del feudalismo: los localismos, los gremios o estratos específicos (sistema de castas), en las que se defendían fueros o derechos colectivos y se actuaba en común (o en comunidad). Ese tipo de comunidad encontraba legitimidad en el estado a través de las "constituciones" o pactos medievales que le garantizaban que sus fueros serían respetados por la nobleza a través de la convocatoria de sus representantes en momentos de crisis (las Cortes).

La sociedad capitalista destruye los gremios y a la comunidad medieval y crea al individuo, al "ciudadano", al "individuo" como sujeto idealizado de una clase social (la burguesía), sujeto del nuevo derecho burgués (derecho civil). La filosofía liberal (individualista en esencia) ayudó a darle sustento ideológico a este hecho, incluso en el marco de las ciencias sociales como

es el caso de la economía clásica. Pero faltaba un pegamento social, que facilitara la cohesión social y la legitimidad política: de allí surge la "nación" como un instrumento ideológico de dominación, como una nueva forma de "identidad".

Con la fabricación de la identidad nacional, se pretende que los ciudadanos se sientan identificados como miembros de una sociedad, dirigida por los capitalistas, de la que supuestamente comparten los mismos ideales, creados mítica o ideológicamente, por los "padres fundadores" del estado.

A partir del siglo XIX las clases dominantes, sus gobiernos (estados–nacionales), empezaron a utilizar de manera sistemática la ideología de la "identidad nacional", y como política sistemática el nacionalismo, para garantizar la cohesión bajo su liderazgo y control. Para construir el nuevo concepto de la nación se utilizó a las ciencias sociales, en particular a la historia, en su acepción positivista (es decir, de apariencias científicas) para justificar el actual estado nación en un pasado que generalmente no tenía nada que ver, pero se lo ha reconstruido como destino manifiesto (teleología).

Así, por ejemplo, desde el siglo XIX, el estado-nación mexicano ha pretendido legitimarse reivindicando para sí las civilizaciones y culturas prehispánicas, como la azteca. Pero esta referencia a las culturas originarias constituye una instrumentación ideológica que se comprueba en cuanto (salvo excepciones temporales) ese estado en realidad niega a las culturas originarias, se construyó sobre la destrucción de esas culturas, se sostiene sobre el racismo, la opresión y la explotación de ellas, y culturalmente es hispano y no azteca. Se usa el pasado ideológicamente como un instrumento político útil al presente.

La crisis del imperio español, independencias y estados nacionales hispanoamericanos

Suele ocurrir en la historia tradicional que se presenta a los próceres de la independencia hispanoamericana como individuos que actuaron siguiendo un plan preconcebido para fundar nuestras "naciones", en el sentido de naciones-cultura. En esa perspectiva los líderes de la independencia habrían actuado por amor al terruño (como "patriotas") y movidos contra la explotación que los españoles hacían de nuestras "naciones". Ellos habrían decidido que fuéramos "libres" para no ser oprimidos por una nación "extraña".

Esa versión histórica omite que en 1808–1810, durante la invasión napoleónica a la península Ibérica, se llamó "guerra de Independencia" a la lucha por expulsar a los franceses del territorio español. Que en esa lucha se unieron "los españoles de América" y "los españoles de España" (que eran las identidades de ese momento). Para ambos lados del Atlántico hispano, el opresor era Napoleón y el gobernante legítimo era Fernando VII. La "identidad" era común. La diferencia dependía de la región en la que se viviera y la clase social a la que se perteneciera, lo cual definía derechos y fueros distintos.

La crisis del imperio español no inicia como una lucha contra el ocupante extranjero, a la manera como los habitantes de la India lucharon contra la ocupación inglesa en la primera mitad del siglo XX. La crisis se inicia —en lo económico como en lo social y lo político— cuando la dinastía borbónica, desde mediados del siglo XVIII intenta financiar la modernización de estado y las guerras internacionales con aumentos de impuestos en el marco de un declive económico profundo y una competencia feroz de las más baratas mercaderías inglesas.

A lo largo de ese proceso se va produciendo una crisis estructural, un debilitamiento de las bases económicas y sociales que sostienen al estado español. Pero al inicio, esa crisis no es una crisis de "identidad" ("queremos dejar de ser hispanos para ser colombianos", p. e.), sino es social, porque expresa un conflicto entre clases sociales.

Las primeras manifestaciones van desde la expulsión de los jesuitas y la destrucción de las misiones en Paraguay, hasta la sublevación de Tupac Amaru en Perú y la de Los Comuneros en Nueva Granada contra los impuestos (1780–1781). Esas revoluciones plantean demandas sociales, pero no la independencia. Aunque algún pensador pudo proponer la idea de la independencia prematuramente, esta no tenía sustento social a inicios del siglo XIX.

En Nueva España (México), los impuestos cobrados a la Iglesia para financiar la guerra contra los ingleses (1804), que esta transfirió a los terratenientes y éstos a los indígenas, sentaron las bases para que el movimiento iniciado por el cura Hidalgo y después por Morelos, fuera más una rebelión social de los explotados que un movimiento por la independencia mexicana entendida como identidad "nacional". No es casual que, en México, como en Perú–Bolivia, donde la élite criolla (la clase dominante) temía más a la masa de la población indígena (mestiza un porcentaje y otro gran porcentaje indígena), el movimiento por la "independencia" de España se retardara más hasta 1821–1825.

Lo fundamental es que las Juntas constituidas a lo largo del año 1810 en Hispanoamérica, no proclamaron en ningún lado la independencia del estado español. Por el contrario, todas juraron lealtad a Fernando VII como legítimo gobernante, aunque estaba preso por Napoleón en Bayona.

Las regiones donde hubo movimientos independentistas, como Venezuela y Nueva Granada, estos empezaron en 1811, frente a la resistencia de los monárquicos a compartir el poder con los criollos. Pero estos movimientos, incluido el dirigido por Bolívar, fueron derrotados hacia 1814. No es hasta la década de 1920, dada la negativa de la monarquía a conceder derechos democráticos, y la victoria de una nueva revolución liberal en España, que se retoma el camino de la independencia y se concreta. Pero como ya se ha dicho, en muchos casos pudo más el temor a los liberales españoles que el deseo de autonomía.

La independencia fue más un conflicto de clases que de "identidades" nacionales

El punto central es la confrontación de clases, la lucha de clases. Los criollos americanos, igual que la nobleza española temían que la revolución liberal les arrebatara sus privilegios sociales, por eso se unieron contra la ocupación francesa, pues temían a la influencia de su revolución (igualdad, fraternidad y libertad).

En el caso de México, el levantamiento de Hidalgo (1810) perdió apoyo de los criollos cuando vieron que detrás del movimiento se sumaba la masa de los explotados (principalmente indígenas). Por eso fue fusilado. Igual destino sufrió el movimiento encabezado por Morelos. En ese país, la élite criolla no se decidió verdaderamente a tomar el camino de la independencia hasta que, en 1821, se produjo la revolución liberal del general Riego, en España, la cual obligó a la monarquía a aceptar la Constitución de 1812 renunciando al absolutismo.

La independencia mexicana, cuando finalmente se concreta, es una movida política reaccionaria de los criollos frente al liberalismo que se pretendía imponer desde Madrid. En el *Plan de Iguala*, el realista criollo Iturbide propone la creación de un

estado independiente monárquico, encabezado por Fernando VII o un miembro de la familia real designado por éste. Al final sería él mismo proclamado emperador. Luego los acontecimientos se hicieron complejos y, al tiempo que fracasaba la revolución liberal española, acá los criollos se vieron forzados a sostener la independencia, pero con las menores concesiones a las clases subalternas.

En otras regiones la lógica fue similar. En Nueva Granada (Colombia), Venezuela y Buenos Aires, el proceso de disgregación empieza en enero de 1810, cuando en España se disuelve la Junta Central, al verse obligada a huir de Sevilla por el avance de las tropas francesas y refugiarse en Cádiz. La disolución de la Junta da paso a un gobierno denominado Consejo de Regencia, y éste emite un decreto por el que invita a los municipios y ciudades de Hispanoamérica a elegir Juntas de Gobierno locales en las que participaran tanto los burócratas agentes de la Corona (gachupines) como los criollos locales.

La pelea se entabla en dos planos: por un lado, los burócratas (virreyes, militares, políticos y eclesiales) monárquicos no querían compartir el poder con los criollos (incluso trataron de esconder el decreto) y estas élites criollas debieron presionar y sublevarse para imponer las juntas de gobierno compartidas. Por otro lado, los criollos (tal vez por temor a tanto liberalismo del Consejo de Regencia) interpretaron que se había producido un golpe de estado inconsulto con la disolución de la Junta Central, a la que se les había invitado a participar con la elección de las Cortes. Aunque las Cortes de Cádiz se transformaron en asamblea constituyente, la proporción de la representación de los españoles americanos siempre fue insatisfactoria.

La lucha por la independencia absoluta fue configurándose a lo largo de 1811, principalmente en la Nueva Granada y Venezuela, como producto de la resistencia de las autoridades coloniales a

compartir el poder político con los criollos. De esa guerra civil fue madurando la lógica de la ruptura política definitiva. Cuyos proponentes en todos lados provenían, no de la élite criolla, sino del sector social más pequeñoburgués, liberal e ilustrado de la sociedad colonial, muchos profesionales (abogados), intelectuales y militares de rango medio, de los cuales Miranda, Bolívar y Nariño fueron sus mejores representantes. Incluso Simón Bolívar, aunque su familia pertenecía a la élite criolla (mantuanos) su formación ilustrada en Europa y su pertenencia al partido político de Miranda en 1810–1811, la Sociedad Patriótica, le adscriben más a este sector que al criollismo tradicional.

La historia tiene sus ironías: estas primeras independencias fracasaron, y fueron vencidas por los realistas (absolutistas) apelando a las masas más explotadas. En Venezuela, el monárquico Tomás Boves dirigió un ejército de llaneros, peones, esclavos, negros y mulatos contra los ejércitos de Bolívar y demás próceres, derrotándolos por completo. En Colombia, Nariño fue apresado por los indígenas dirigidos por un general monárquico, siendo enviado a Cádiz como prisionero. Miranda sufrió un destino similar. En Nueva España Hidalgo y Morelos fueron ajusticiados. Hacia 1814, la primera ola revolucionaria e independentista estaba derrotada.

El exilio haitiano de Bolívar le sirvió para comprender que tenía que levantar un programa que contuviera alguna reivindicación para la masa de esclavos explotados de Venezuela. Sin duda, contribuyó mucho a sus siguientes victorias el decreto que declaraba hombres libres a los esclavos que se unieran al ejército libertador. Tal vez habría que ponderar también la influencia de la revolución del general Riego en España, en 1821, en los triunfos definitivos de Bolívar. ¿Por qué fue más difícil el proceso en Perú y Bolivia? ¿Por la indiferencia de su población indígena a la llamada independencia que parecía no implicarle ningún

beneficio? ¿Por el temor de la élite criolla a verse rebasada por esa masa popular?

El proceso de conformación de los estados nacionales fue largo y complejo

Proclamadas las independencias, se planteó el problema de la conformación del estado-nación y sus contornos. Aunque poco a poco se fueron dibujando sobre el viejo mapa político-administrativo del imperio español, esto no estuvo claro desde el primer momento. En realidad, cada oligarquía local trató de sacar provecho para sus intereses de clase y organizar el estado a su imagen y semejanza. Pero poco a poco, pese al decaimiento económico y la casi paralización del comercio acaecida en la primera mitad del siglo XIX, se estructuraron los estados en función de algún vínculo con el mercado externo.

Pero al principio, fue el caos. Las guerras civiles entre federalistas y centralistas fue la norma. Las fronteras se movieron muchas veces. En 1821, México integra a la Capitanía de Guatemala, que incluye a los actuales cinco estados Centroamericanos. Ya se sabe que esa unión no duró mucho, creándose primero un estado centroamericano común, para luego desgajarse en "repúblicas bananeras". En 1824, durante la redacción de la Constitución Política, Oaxaca, Jalisco, Zacatecas y Yucatán amenazaron con separarse si se imponía un régimen centralista. Yucatán se declaró estado independiente en 1839 y 1845, para no mencionar la conocida historia de Texas y California.

El caso más patente y conocido es el de la Gran Colombia, creada por Bolívar sobre las bases de lo que fuera el virreinato de la Nueva Granada y sus capitanías, Venezuela y Ecuador. Sin embargo, en la Constitución Política elaborada por Bolívar en 1825-26, se planteó la posibilidad de constituir un estado nación con rasgos

federales, pero con un presidente vitalicio que incluyera también a Perú y Bolivia. Esta propuesta generó el rechazo de la oligarquía bogotana, en especial del vicepresidente de la Gran Colombia, Santander, el cual inició las diversas conspiraciones que llevaron al fracaso a esta propuesta y al estado–nación original, con las escisiones de Venezuela y Ecuador hacia 1830–831.

Ecuador tuvo que disputar la anexión de Guayaquil con Perú. Bolivia finalmente conformó un estado independiente de Lima. La intendencia de Chile no tuvo problemas en seguir su propio camino. Pero la Argentina no existió hasta la mitad del siglo XIX, porque prevaleció por décadas la disputa entre el puerto de Buenos Aires y las provincias del litoral (las Provincias Unidas), a ver cuál sería el eje de estructuración del nuevo estado-nación. Incluso el concepto "argentino" no existía al inicio de la independencia y luego se aplicaba sólo a los porteños.

En un sentido histórico los acontecimientos se sucedieron en el siguiente orden: crisis del estado o imperio español, guerras civiles por demandas sociales y políticas, incapacidad del estado español para resolver esas demandas, lucha por la independencia política, creación de nuevos estados-nación (en la acepción antigua), guerras civiles internas, conformación final de los nuevos estados-nación bajo sectores de clase vinculados al mercado externo y, entonces, hacia mitad del siglo XIX, invención de las "naciones" (nación–cultura) como signo ideológico de identidad sobre la base de una "historia" míticamente construida.

El caso de Panamá en Colombia

El caso panameño es paradigmático respecto a todo lo dicho. La historia oficial ha construido un mito de supuesta identidad "ístmica" que procede desde la propia Conquista, con Vasco Núñez de Balboa. Para este mito la "vocación" de los habitantes del Istmo de Panamá ha sido la de servir al comercio mundial,

por lo cual desde siempre luchó para construir un estado-nación con base a esa identidad, hasta culminar en el lema del escudo nacional: *Pro Mundi Beneficio*.

Como puede apreciarse ese mito, presentado como Historia, es la fotografía de los intereses de la clase de los comerciantes del país. Es una ideología conveniente a los comerciantes istmeños con la que se identifiquen las clases sociales que le están subordinadas.

Si bien en el marco del sistema colonial español el Istmo de Panamá recibió como función económica el servir al trasiego de gentes y mercancías, servida por un grupo de comerciantes y funcionarios que lo controlaban, la historia prueba que existió una permanente dificultad para delimitar las fronteras políticas dentro del propio país. Hasta la independencia, grandes zonas quedaron fuera del control español gracias a las resistencias de los pueblos originarios.

Por otro lado, la movilidad geográfica de los habitantes, sobre todo los funcionarios y los ricos, que emigraban a otras zonas más prósperas del imperio, era la norma hasta inicios del XIX. Recién en el siglo XVIII, con la crisis de la zona de tránsito y el final de las Ferias de Portobelo, fue asentándose una población permanente y autóctona sin pretensiones de emigrar que fue poblando el "interior".

Durante el período colonial y gran parte del siglo XIX, el Istmo se dividía en dos provincias que marcaban las identidades diferenciadas: Veraguas y Panamá (la cual solo se refería a la ciudad y la zona de tránsito). El nombre de Panamá extendido a toda la geografía del istmo y sus habitantes es más bien reciente.

Panamá fue de las últimas regiones en sumarse al proceso

independentista por múltiples razones: bastión del ejército realista, oportunismo de los comerciantes locales, debilidad económica y demográfica, ausencia de clases plebeyas (artesanos) que en otros lados radicalizaron el proceso de independencia. Los criollos locales, lo más radical que hicieron, fue apoyar con entusiasmo las reformas liberales del general Riego (1820–1821). Solo se sumaron a la independencia cuando estaba consumada y Bolívar preparaba una armada en Cartagena para tomar el Istmo.

En otros trabajos ya hemos señalado cómo la historia panameña del siglo XIX ha sido falsificada para presentar los diversos momentos de crisis del estado-nación colombiano y sus guerras civiles, como supuestos intentos independentistas de Panamá. En realidad, las proclamas (mal llamadas "Actas Independentistas" por nuestra historia) fueron pronunciamientos políticos en el marco de las guerras civiles: bolivaristas vs santanderistas, centralistas vs federalistas, liberales vs conservadores.

El hecho es que, pese a todas los intentos de la historia oficial por presentar a los federalistas como independentistas, pese a que evidentemente la clase comercial local siempre peleó por sus intereses frente al centralismo bogotano, nunca se animó a separarse; y pese a que Colombia siempre fue un "estado fallido" (con dificultades para integrarse); hasta 1902–1903, la identidad que caracterizaba a los istmeños, incluida las clases dominantes (comerciantes) era la colombiana (lo cual puede ser probado documentalmente).

La reconstrucción de nuestra historia, para usarla en la construcción de la identidad nacional panameña para que parezca un determinismo, en el sentido de que los habitantes del Istmo estaban destinados a construir un estado–nación propio con vocación comercial, es una hechura del siglo XX, después de impuesto por el estado tutelado por Estados Unidos. La

intelectualidad liberal dedujo que se necesitaba crear el sentido de "identidad" en una "nación" en el sentido del romanticismo. Historiadores, filósofos y literatos fueron tejiendo esa leyenda disfrazada como historia.

Esa identidad panameña tuvo un lado positivo y progresivo. Inspiró a las generaciones siguientes a luchar contra el sistema colonial norteamericano impuesto en la Zona del Canal desde la separación de Colombia en 1903. La lucha por la "soberanía" sobre el canal por parte del estado–nación panameño, fue inspirada en gran medida en ese mito. La realidad contradictoria es que el sentido de "identidad nacional" panameña, tiene un doble filo: instrumento ideológico de dominación de la clase comercial para justificar su control sobre el estado-nación y, a la vez, inspiración para la lucha por la soberanía contra el colonialismo y la dependencia impuesta por el imperialismo yanqui.

La historia tiene sus ironías.

Conclusiones

En un sentido histórico los acontecimientos se sucedieron en el siguiente orden: crisis del estado o imperio español, guerras civiles por demandas sociales y políticas, incapacidad del estado español para resolver esas demandas, lucha por la independencia política, creación de nuevos estados–nación (en la acepción antigua), guerras civiles internas, conformación final de los nuevos estados-nación bajo sectores de clase vinculados al mercado externo y, entonces, hacia mitad del siglo XIX, invención de las "naciones" (nación-cultura) como signo ideológico de identidad sobre la base de una "historia" míticamente construida.

Bibliografía

Annino, Antonio y Guerra, Francois-Xavier (coordinadores). *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo* XIX. Fondo de Cultura Económica. México, 2003.

Beluche, Olmedo**.** *Estado, nación y clases sociales en Panamá*. La constitución del estado nacional a través de las contradicciones sociales históricas. Editorial Portobelo. Pequeño Formato, No. 115. Panamá, abril de 1999.

Beluche, Olmedo. *Independencia hispanoamericana y lucha de clases*. Segunda Edición corregida y aumentada. Editorial Portobelo. Biblioteca de Autores Panameños, No. 164. Panamá, 2012.

Beluche, Olmedo *La verdadera historia de la separación de 1903.* Reflexiones en torno al Centenario. Imprenta ARTICSA. Panamá, 2004.

Castillero Calvo, Alfredo. *Conquista, evangelización y resistencia. ¿Triunfo o fracaso de la política indigenista?* Colección Ricardo Miró, Premio Ensayo, 1994. Ed. Mariano Arosemena, INAC. Panamá, 1995.

Charamonte, José Carlos. "En torno a los orígenes de la nación argentina". En: *Para una historia de América* II. *Los nudos (1).* Carmagani, M, Hernández, a. y Romano, R. (coordinadores). Fondo de Cultura Económica. Colegio de México. Fideicomiso Historia de las Américas. México, 1999.

Gómez, Laureano. *El final de la grandeza.* Editorial Hojas e Ideas. Santa Fe de Bogotá, 1993.

Jaén Suárez, Omar. "*La formación de estructuras económicas y sociales en el Istmo de Panamá: el siglo* XVIII *colonial (1740 -1850*)". En: *Población, economía y sociedad en Panamá. Contribuciones a la crítica de la historiografía panameña.* Compilador: Torres Ábrego, José Eulogio. EUPAN. Panamá, 2000.

Lenin, Vladimir Ilich. "Sobre el derecho de las naciones a su autodeterminación". En: *Obras Escogidas.* Tomo I. Editorial Progreso. Moscú.

Liévano Aguirre, Indalecio. *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia.* Círculo de Lectores, S.A. Bogotá, 2002.

Mármora, Leopoldo. *El concepto socialista de nación.* Cuadernos Pasado y Presente 96. Bogotá. Enero-marzo de 1977.

Porras, Ana Elena. *Cultura de la interoceanidad: Narrativas de identidad nacional (1990-2002).* 2da. Edición. Panamá: Instituto de Estudios Nacionales (Universidad de Panamá). Panamá, 2009.

Pulido Ritter, Luis. *Filosofía de la nación romántica (Seis ensayos críticos sobre el pensamiento intelectual y filosófico en Panamá): 1930-1960.* Colección Ricardo Miró, INAC. Panamá, 2007.

Ramos, Jorge Abelardo. *Historia de la nación latinoamericana.* FICA. Cali, Colombia, 1986.

Uslar Pietri, Juan. Historia de la rebelión popular de 1814. EDIME. Caracas – Madrid, 1962.

Sobre mitos nacionales y el nacionalismo en Panamá

El peor error que un historiador puede cometer, y sin embargo es el más habitual en los medios académicos panameños, es el anacronismo, es decir, trasladar al pasado formas de pensar, ideologías, identidades y creencias del presente. Y el peor error de un revolucionario socialista del siglo XXI es volverse nacionalista.

El anacronismo y los mitos nacionales

Ese error se aprecia claramente entre los no pocos que pretenden que la "nación panameña" o "panameñidad" se empieza a construir con Vasco Núñez de Balboa y su conquista del Istmo de Panamá y el "descubrimiento" del Mar del Sur. Incluso hay quienes hacen una amalgama y atribuyen el nacimiento de esa "identidad nacional" a figuras tan disímiles como Balboa, Urracá y Bayano, e incluso al personaje novelesco Anayansi.

Coincidimos con la Dra. Ana Elena Porras en que esas figuras históricas han devenido en símbolos de la nacionalidad que permiten que diversos grupos sociales se sientan representados en ella. Pero hay que aclarar que lo son de una nación o nacionalidad actual, que no existía cuando vivieron como personajes históricos, antes de convertirse en mitos.

No requiere mucha hermenéutica darse cuenta que, como identidad cultural–nacional: Balboa, se sentiría extremeño o castellano y, a lo mejor español (pongamos un signo de interrogación aquí); que Urracá probablemente era ngäbe o buglé, y

que la mayoría de las principales culturas originarias del Istmo constituyen identidades nacionales propias (naciones), no asimiladas, hasta el presente siglo XXI; y que probablemente Bayano se identificaría con alguna de las culturas africanas de las que fue sacado a la fuerza y esclavizado.

La nación panameña como expresión de los intereses de la clase de los comerciantes

A partir de la construcción mitológica de nuestro pasado, se narra una historia según la cual todos los actos del período colonial lo son de reafirmación de una "nación" volcada al transitismo que, quiso establecerse desde 1821 en diversos momentos del decimonono, y que tuvo su momento cumbre el 3 de noviembre de 1903. Es bastante claro que esta forma de concebir "la nación" la convierte en sinónimo de los intereses de la clase de los comerciantes istmeños.

La secuencia lógica y su momento culminante muestran que se trata de una historia manipulada para tratar de justificar los sucesos muy cuestionados de 1903. El objetivo es enfatizar que desde el siglo XVI "somos diferentes" al resto de Hispanoamérica, ello justificaría que la "república independiente" sugiera en 1903, aunque fuera mediatizada por la intervención norteamericana.

Según esa interpretación, ya en 1821 los panameños éramos una nación como identidad con capacidad de crear nuestro propio estado nacional, al cual renunciamos "voluntariamente". Y a lo largo del siglo XIX, una "nación distinta", la colombiana, nos mantuvo oprimidos y explotados, contra la cual la "nación panameña" pugnó por independizarnos. Una falacia que en la imaginación "panameña" equivale a una relación entre Colombia y Panamá, como si la primera fuera una potencia imperial y la segunda su colonia.

No es lo mismo estado nacional, nacionalidad (etnia) y nacionalismo

Ese anacronismo vulgar, que casi nadie se atreve a cuestionar, no es más que un desarrollo del nacionalismo panameño como ideología política. No olvidemos que el nacionalismo es un producto de la modernidad capitalista, es la nueva ideología de cohesión social que conscientemente crean los estados capitalistas, dirigidos por las burguesías nacionales (valga la redundancia) a partir del siglo XIX.

El nacionalismo es una construcción ideológica que pretende identificar al conjunto de los habitantes de un territorio sujetos a un gobierno, con el liderazgo de su clase capitalista, pretendiendo que sus proyectos y acciones de gobierno obedecen al interés general y el bien común de la "nación".

Dejemos claro que no es lo mismo "nacionalismo", como ideología instrumental a cargo de la clase dominante, que "nacionalidad" como identidad cultural e histórica, que tiene en una lengua o idioma su concreción.

Generalmente la segunda es el sustrato sobre el que se construye la primera, exagerando algunas características para hacer la diferenciación respecto a otras culturas. Pero, mientras la nacionalidad como cultura es fruto de la evolución por siglos (con todos sus traumas, como diría Hernán Porras) de una población, que ha desarrollado sus costumbres, conocimientos y tradiciones las cuales ha cuajado en una lengua; el "nacionalismo" como ideología política es propio del estado nacional capitalista moderno.

Es habitual confundir conceptos distintos como: nacionalidad (nación cultura o etnia), estado nacional (nación como sinónimo

de estado) y nacionalismo. El primero, la nacionalidad o etnia (nación cultura) es una realidad que se forma con el tiempo en la que diversos pueblos desarrollan aspectos particulares de sus costumbres que le diferencian de otros pueblos. La mayor parte de esa cultura nacional o étnica o nacionalidad se expresa en el idioma o la lengua. Cada lengua es sinónimo de una nación histórica.

El segundo se refiere a la construcción de un aparato estatal (gobierno, población y territorio). Muy excepcionalmente la nación como sinónimo de estado (nación estado) se construye sobre una sola base étnica o nacionalidad. Generalmente, los estados modernos surgen de una etnia o nacionalidad que se impone a otras en el marco de un territorio. Algunas veces las otras etnias son asimiladas culturalmente, pero la realidad general es que las naciones estado o estados nacionales contienen dentro de sí varias nacionalidades (culturas o etnias) diferentes y casi siempre oprimidas y discriminadas.

En tercer lugar, está el nacionalismo como ideología política. Que es una construcción imaginaria que sirve a la cohesión social. Generalmente a partir de unas características culturales e históricas, la clase capitalista construye la ideología nacionalista que sirva a sus intereses y que la presenta como dirigente "natural" (padres fundadores o próceres) del estado al que las clases explotadas o subalternas deben seguir.

Nacionalismos reaccionarios, progresivos e internacionalismo proletario

Es imprescindible tomar en cuenta el consejo de Vladimir Ilich Lenin: Al menos desde el surgimiento del sistema imperialista mundial, a fines del siglo XIX, hay que diferenciar naciones opresoras de naciones oprimidas.

De manera que el nacionalismo de las naciones opresoras es reaccionario porque está construido para justificar la opresión y explotación de otros pueblos (superioridad racial, destino manifiesto, etc). Por contra, el nacionalismo de los oprimidos es progresivo porque lucha contra la dominación extranjera y llama a que la clase obrera actúe en común con este nacionalismo mientras enfrente la opresión.

De ahí que muchas veces se apoyen las medidas "progresivas" de gobiernos nacionalistas de países oprimidos, como Lázaro Cárdenas, cuando nacionalizó el petróleo mexicano, sin confiar completamente en ese gobierno que expresa a la nación oprimida, pero a través de su clase dominante capitalista. Este criterio es extensivo en América Latina a otros gobiernos nacionalistas y sus líderes políticos, desde Perón hasta Chávez.

Sin embargo, Lenin y el marxismo en general, llama a la clase trabajadora a no confiar en los nacionalismos, por ser instrumentos ideológicos de las clases dominantes, puesto que en el mejor de los casos combaten la opresión de sus naciones, pero en últimas no atacan la esencia de la explotación capitalista, no son socialistas.

El marxismo revolucionario defiende que los explotados y oprimidos del mundo actúen bajo el criterio del "internacionalismo proletario", por el cual todos los explotados de todas

las etnias o naciones del mundo somos esencialmente iguales, somos seres humanos. El socialismo revolucionario (no la caricatura socialdemócrata) lucha por la eliminación de toda forma de explotación y explotación en el mundo, que es la que permitirá hermanar a todos los seres humanos, independientemente de sus historias particulares, de su cultura o nacionalidad.

Hay que combatir las ideologías nacionalistas

En ese sentido, el nacionalismo es una ideología reaccionaria porque lleva a las clases explotadas a creer que sus intereses son los mismos a los que desarrolla su clase explotadora (y dirigente) porque ambos sectores sociales son iguales y los identifican algunas características (particularismo) que les diferencia de las "otras naciones" circundantes.

La ideología nacionalista conduce al error de creer que "todos los panameños somos iguales", como dice la Constitución Política del estado, que si actuamos movidos por el "patriotismo" prevalece "el bien común", etc. Ocultando el hecho básico: los panameños no somos iguales, estamos divididos en clases sociales y cada una tiene proyectos distintos.

Los intelectuales e instituciones al servicio del sistema capitalista ayudan a construir ese imaginario, esa ideología nacionalista, apelando a toda clase de manipulaciones seudo científicas.

Reconstruyendo la historia pasada, labor que oculta aspectos que no encajan en la construcción ideológica; los literatos crean personajes míticos que se constituyen en referencias de la "nación" (al estilo de Balboa); la medicina y la antropología pretenden encontrar diferencias raciales o genéticas (a la manera de los nazis alemanes); la religión ayuda con su parte

(el sionismo es el más claro ejemplo presente, o el "destino manifiesto" en Estados Unidos); la educación y los medios de comunicación juegan un papel en la difusión de esa ideología "infundiendo el amor patrio".

El nacionalismo, como instrumento de cohesión social bajo una clase dominante, es la forma ideológica privilegiada de la modernidad (capitalismo), la cual suplanta el mismo rol que jugó en el pasado la religión en el mismo sentido, al menos para Europa hasta el siglo XVII y XVIII.

El nacionalismo panameño y sus fundadores

Para el caso panameño, es lo que Luis Pulido R. llama la construcción de la "nación romántica". Ideología que empezó a construirse en la segunda y tercera décadas del siglo XX, por los intelectuales liberales (positivistas) que fundaron el sistema educativo nacional (Méndez Pereira, Eusebio A. Morales, Andreve, Moscote, etc.); que como labor histórica inaugura Carlos Gazteazoro a mitad de siglo. Ver su introducción a la reedición del libro de Sosa y Arce); que en filosofía hacen lo suyo Ricaurte Soler; en literatura Méndez Pereira y otros.

En política esa construcción ideológica de la nación panameña inicia, primero, con el Movimiento de Acción Comunal, pero se consolida con la "Doctrina Panameñista" de Arnulfo Arias. Durante esa fase, años 1920, 30 y 40, se identifica "lo panameño" con transitismo e "interiorano" azuerense; pero se excluye claramente de la "identidad panameña" las culturas indígenas y afrocaribeñas. La "Doctrina Panameñista" tiene claros tintes racistas que se materializaron en la Constitución Política de 1941.

Recién en los años 70, el régimen populista de Omar Torrijos

intentaría la ampliación de la identidad nacional hacia los grupos más explotados y excluidos. Obviamente, ese "rescate" ideológico, a través de los mitos de Urracá y Bayano, no significa real integración y justicia social. Respecto a la construcción de estos mitos identitarios es interesante leer el libro "Cultura de la Interoceanidad" de la Dra. Ana Elena Porras.

El nacionalismo panameño tuvo siempre un carácter contradictorio, progresivo por un lado y reaccionario por otro, por ser un país explotado y controlado bajo un estatuto colonial por los Estados Unidos.

Como elemento ideológico que sirvió para resistir la asimilación cultural norteamericana y luchar contra el enclave canalero y la soberanía, el nacionalismo panameño fue progresista. Como instrumento para la discriminación racial contra afropanameños y pueblos originarios, siempre fue una ideología reaccionaria.

Los revolucionarios del siglo XXI no pueden ser nacionalistas

En los últimos años ha habido un rebrote del nacionalismo panameño revestido de xenofobia frente a la ola migratoria atraída por el boom económico reciente. Es frecuente escuchar, hasta en los medios de comunicación, opiniones contra los inmigrantes, especialmente dirigidas contra los trabajadores, a quienes se pretende culpar de los "males" de la sociedad panameña, desde el desempleo hasta la delincuencia.

Es una xenofobia clasista, porque muchas veces defiende a los adinerados que compran los apartamentos de lujo en Costa del este o la Cinta Costera, pero repudia al trabajador que labora en la construcción, hotelería o buhonería. Es un proceso ideológico semejante al que explota la derecha norteamericana o europea

contra la migración. Es muy útil porque permite desviar las responsabilidades de los problemas hacia los "extraños", salvándole la cara a la clase dominante.

Lo más peligroso es que esta ideología reaccionaria alcanza a la clase trabajadora panameña y que muchas veces la izquierda y sus organizaciones no combaten sus prejuicios porque es más fácil ir con la corriente. Actitud política que es un gol en contra de quienes dicen luchar por "otro mudo posible" y favor gratuito a la clase dominante.

También es frecuente escuchar en muchos revolucionarios de su puesta ideología socialista autodefinirse como "patriotas" o "nacionalistas", lo cual es una contradicción de esencia. En este caso se trata de una extensión de la ideología "torrijista", que se define como "nacionalista", y que para el caso puede estar bien, porque su utopía consiste en construir un país independiente del imperialismo en los marcos de una sociedad capitalista ("ni con la izquierda, ni con la derecha").

Es una utopía, puesto que en el sistema mundo capitalista es imposible construir un estado nacional independiente sin el control del capital imperialista. Es más, como decía Trotsky, en el siglo xx las burguesías nacionales de los países oprimidos han dejado de ser revolucionarias para ser socias menores del capital imperialista. A lo sumo, esporádica y momentáneamente, impulsados por crisis revolucionarias, sectores de capas medias (como los militares) construyen regímenes que confrontan al imperialismo por un tiempo, pero en el largo plazo caen puesto que no golpean la esencia de la dominación, el capitalismo.

La única manera de avanzar hacia un sistema sin explotación de clases, sin opresión de una nación sobre otra, sin prejuicios raciales, sin discriminación, sin odios nacionalistas,

es rompiendo con el sistema mundo capitalista para avanzar al socialismo.

Por eso, los consecuentes revolucionarios panameños del siglo XXI no pueden identificarse con el nacionalismo o el patriotismo, sino que deben autodefinirse como internacionalistas y socialistas.

Filosofía de la nación romántica de Luis Pulido Ritter

Casi por casualidad cayó en mis manos el libro *Filosofía de la nación romántica (Seis ensayos críticos sobre el pensamiento intelectual y filosófico en Panamá, 1930-1960),* de Luis Pulido Ritter. Diría que me gané la lotería, pues ha sido una lectura provechosa y amena, que he disfrutado como pocas de un autor "nacional", no sólo por lo que dice, sino por el cómo lo dice. Quienes me veían reír con el libro en las manos, en la biblioteca, habrán supuesto que perdía la cordura. Es que Pulido, a secas, como le llamamos sus compañeros de estudio, no ha dejado títere con cabeza y trata de manera herética la obra de los referentes del "pensamiento nacional" de mediados del siglo pasado.

Quienes conocemos a Pulido, y hemos seguido su trayectoria, no nos extraña la agudeza de sus reflexiones en este libro, que fue ganador del Premio "Ricardo Miró" 2007, con cual se ha superado a sí mismo y ha alcanzado la plena madurez intelectual. Este ensayo deja en claro la erudición del sociólogo, que ya con veintipocos años leía asiduamente a los clásicos famosos del Mayo Francés. Erudición respecto de la filosofía alemana, país al que emigró, pero también erudición respecto del pensamiento panameño, literario y ensayístico. Pulido carga con una herencia genética que le viene, por linaje materno, de una familia de altos quilates intelectuales.

Vamos al grano. *Filosofía de la nación romántica* es una relectura crítica del "pensamiento panameño" en torno al "ser nacional". Al estilo de Jacques Derrida, es una deconstrucción textual de los diversos "discursos" (filosóficos, históricos y literarios) sobre

la "nación panameña". Su abordamiento del asunto es a la manera postmoderna: "*No ha sido mi preocupación principal analizar los orígenes de la nación romántica, sino más bien su fundamentación (construcción discursiva) en los textos y de aquí que cada lector tiene la libertad de entrar en este libro como mejor le parezca*" (Pulido, 2008:9).

Su lectura crítica está teñida del método propuesto por la corriente que se ha dado en llamar "Modernidad/Colonialidad", es decir, poner al descubierto las falacias "cientificistas" del discurso de la modernidad impuesta por el colonialismo (como parte de lógica del poder) del Norte hacia el Sur, pero sus conclusiones se alejan de esa corriente. Su debilidad metodológica es la ausencia de una relación entre las ideas que se analizan y la realidad social que les dio origen.

¿Por qué, a ciento veinte años de establecida la República de Panamá, seguimos debatiendo respecto a la "nación panameña", su esencia, su legitimidad, su realidad o su mito? Definitivamente que algo ha pasado y pasa en Panamá para que este asunto, aún en quienes aspiramos a "superarlo" (en términos hegelianos), como es el caso de Pulido, seguimos entrampados en ese tema como central en el "pensamiento panameño". La respuesta a esa pregunta no la vamos a encontrar en el pensamiento puro, sino en la realidad social e histórica concreta.

Luis Pulido Ritter establece que hay en la tradición intelectual panameña, de diferentes orígenes sociales y políticos, un enfoque "romántico" sobre la nación, que nace desde Belisario Porras (*Carta a un amigo*, 1904); sigue con Ricardo J. Alfaro (al fundar la Academia Panameña de la Lengua, 1926); pasa por los poetas republicanos (Ricardo Miró, Gaspar O. Hernández) criticados por Roque J. Laurenza en su célebre ensayo (*Los poetas de la generación republicana*, 1933); sigue por los novelistas de mitad

de siglo (Ramón H. Jurado, Joaquín Beleño, Octavio Méndez Pereira y José I. Fábrega); y ensayistas como Diógenes De La Rosa y Eusebio A. Morales; adquiere su dimensión filosófica con Ricaurte Soler, Isaías Gracia y Diego Domínguez Caballero; para convertirse en filosofía de la historia con Carlos Gasteazoro.

Para Pulido, la "nación romántica" panameña es una "*crítica antimoderna de la modernidad en el país —de los elementos que marcan la identidad, la nacionalidad, la pertenencia a un pueblo como la sangre, la tradición, la religión, el lenguaje*…" (P. 10). Según Pulido, ese discurso romántico de "lo nacional" estaría teñido del "arielismo" (José Enrique Rodó) antiimperialista (creo que no usa el concepto) propio de la "colonialidad" de la guerra fría del siglo xx.

La idea es que lo más granado de la intelectualidad panameña del siglo xx construyó un modelo de la "nación" como reacción al esquema de "modernidad" que se nos impuso con un canal enajenado por intereses extranjeros y un país "invadido" por extranjeros, principalmente obreros afroantillanos, que ponían en peligro la "patria criolla" (hispanohablante, católica e interiorana). Esa idea de "nación panameña" tuvo como contrapartida la exclusión sistemática de la población indígena y la afroantillana, de habla inglesa y resistente a la asimilación cultural.

Esta delimitación de lo nacional por exclusión racial se expresó como movimiento político en el ideario de Acción Comunal en los años 20, en la llamada "Doctrina Panameñista" de Arnulfo Arias, que daría paso al racismo desembozado de la Constitución de 1941, adquiere incluso dimensiones literarias, como en la novela *Crisol* (1936) de José I. Fábrega, "en la que los personajes negros que llevan la fatalidad de ser ladrones y, además, eran estéticamente feos y torcidos moralmente" (P. 60).

Aunque dice no adherir a ninguna de las tantas interpretaciones que admite el concepto "modernidad", Pulido lo asocia con el "transistismo", el comercio, la Zona del Canal, la inmigración y la "cultura de la interoceanidad" definida por Ana Elena Porras. Se infiere que lo "antimoderno" sería el interior, la sociedad agraria, heredada de la colonia española con todos sus elementos culturales. El problema sobre el que Pulido insiste a lo largo del libro es que el modelo de "nación romántica" se ancló sobre la versión antimoderna de Panamá.

Los intelectuales panameños verían con "*desconfianza*", con "*sentimiento de inferioridad",* esa modernidad de la que se había excluido al país al quedar en manos extranjeras. Los que habían abrazado la esperanza de un futuro mejor en la modernidad, como el pragmático Méndez Pereira, ya estaban decepcionados en la tercera década y no esperaban nada positivo de ella. Según Pulido, esto los llevó a caer en una especie de "introspección nacional" pesimista que asocia a la novela *El Desván*, de Ramón H. Jurado, de la que toma la frase con la que cierra el libro: "yo nací en el miedo (…) Es curioso: la gente tiene miedo de pensar y está viva, viva como yo" (p. 153).

Hagamos un alto aquí sobre la noción de "nación romántica", poco manejada en nuestro medio. El concepto de nación es muy esquivo y controversial, sobre él se han escrito toneladas de páginas. Como ya dijéramos en nuestro estudio sobre Ricaurte Soler (Beluche, 1997), apoyándonos en Leopoldo Mármora, hay dos interpretaciones sobre el concepto nación: **la nación–estado**, cuyo eje es una población y un territorio bajo un mismo gobierno, a la que autores marxistas agregan la dimensión económica capitalista; y **la nación–cultura**, cuyo eje se fundamenta en los elementos culturales comunes (lengua, tradiciones, etc.). Ambas son integradas en la célebre definición de José Stalin: *"¿Qué es una nación? Una nación es, ante todo, una comunidad (...) Nación es una comunidad estable,*

históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura".

El hecho es que, hasta el siglo XIX, la palabra nación sólo se entendía en la primera acepción, como sinónimo de estado con gobierno propio. Es el "romanticismo", originalmente alemán, el que le da al concepto la connotación actual de una tradición cultural común. Para solo citar un autor, José Carlos Chiaramonte (1999):

> *...uno de los mayores riesgos que acechan al historiador es el del anacronismo de interpretar el léxico de una época en clave presente. Porque pocas palabras del vocabulario existen, como nación, cuyas variaciones sean más riesgosas...porque una no tan larga como intensa elaboración del imaginario nacional contemporáneo ha fusionado el antiguo sentido estrictamente político del término nación, con las connotaciones afectivas que se asociaron a los supuestos de homogeneidad étnica que el Romanticismo adjudicó a los fundamentos de las naciones contemporáneas*" (p. 288).

Según este autor, la noción "romántica" de la nación argentina surge con la Generación de 1837, la Asociación de Mayo, encabezada por figuras como Sarmiento y Alberdi.

Dicho lo anterior, podemos afirmar que la acepción que hace Pulido del concepto de "nación romántica" es correcta. ¿Cómo fue construido ese "imaginario" nacional? Por un lado, desde una reconstrucción de la historia del Istmo que se inicia en 1908, cuando el Estado contrata a Sosa y Arce para redactar el *Compendio de Historia de Panamá*, que debía exaltar el particularismo y el localismo, diferenciándonos de Colombia, desde la fase colonial como génesis de una nación. Enfoque que décadas después Gasteazoro intentó superar desde una perspectiva positivista (dándole cientificidad histórica a lo "panameño" apoyado en

los registros documentales). Su mayor conquista para ese objetivo es haber encontrado el poema épico *Las alteraciones del Dariel* (1567), que según Gloria Guardia: "inaugura una realidad: la del Istmo de Panamá" (Pulido, 2007:96).

En el plano de la literatura, la exaltación del patriotismo y de la patria de toda la generación de "poetas republicanos", presente en el conocido poema de Ricardo Miró que se convirtió en un himno, pasando por el ruralismo y el costumbrismo típicos de nuestra literatura de mitad de siglo. Los grandes novelistas del patio asumirían un discurso "antimoderno" de la ciudad-zona de tránsito, a la que dan connotaciones negativas: Joaquín Beleño (prostitución), Ramón H. Jurado (sifilítica), Rogelio Sinán (burdelesca).

La novela se funde con el mito en Octavio Méndez Pereira, con su *Núñez de Balboa. El Tesoro del Dabaibe*. Esta es la parte más jocosa y a la vez más aguda del libro de Pulido Ritter: "La nación necesitaba un héroe. Un guerrero. Un héroe que encontrara como Jesucristo su realización en la muerte. Si Jesucristo fue crucificado, Vasco Núñez fue decapitado… Pero a diferencia de Jesucristo que era un asceta, nuestro héroe necesitaba una mujer en el trópico: Anayansi" (2007, p. 95).

Luego le entra Pulido al análisis de cómo pudo ser inventada la idea de Anayansi, la Malinche panameña, y sus implicaciones simbólicas tanto de género como étnicas. Lo más interesante es que una obra de ficción se usa en las escuelas panameñas como "verdad histórica", por ende, como instrumento ideológico que explica el mito fundacional de la nación. Tal y como narra el propio Pulido que le pasó con una de sus maestras. En México o Perú se incorporó el pasado azteca e inca como precedente mítico de dichas naciones.

Es en la filosofía donde la idea de la nación romántica llega su mayor elaboración intelectual, bajo dos perspectivas distintas, la fenomenológica y existencialista de Diego Domínguez Caballero y su discípulo Isaías García; y la de la historia de las ideas y el marxismo de Ricaurte Soler.

"Es la panameñidad con sus esencias lo que dirige los esfuerzos intelectuales de Domínguez Caballero. Y el aparato fenomenológico —la reducción, la cosa, las esencias— es una capa muy delgada que cubre el espíritu nacionalista y cristiano, panameñista, hispanista y romántico" (P. 55). "Lo que Moreno Davis designa como "incertidumbres ideológicas" (se refiere al libro *Naturaleza y forma de lo panameño*, 1956, de Isaías García) es, en este caso, la trayectoria de una generación que, frente a los retos que producía la modernidad neocolonial, escoge el camino de sublimar a la nación panameña en el espíritu (García) y la idea (Soler) porque era el lugar común donde podían inventar a una entidad que, según ellos, no tenía legitimidad en el mundo fenoménico" (Pulido, 2007:63).

Las fuentes de la que se nutre García son el filósofo franquista Manuel García Morentes, del que toma el concepto de "estilo" ("modalidades en las que se expresa la "íntima personalidad del agente" y no por la realidad objetiva del acto o hecho… estimativa en relación a lo que se quiere ser… tanto en el individuo como en el sujeto colectivo o nación"), y la idea de "esencia eterna" (Heidegger) para concluir que: "La panameñidad es lo que sobrevive a la historia, porque no está viviendo en su muerte" (Pulido, 2007, p. 65).

En el caso de Ricaurte Soler, se recurre al esquema de la "historia de las ideas" (Leopoldo Zea) para construir el modelo de lo panameño sobre un agente social, el criollo de fines del siglo XVIII, asentado en el interior del país con el final de las Ferias de

Portobelo, que alcanza su madurez en el siglo XIX, en la figura de Justo Arosemena (el héroe de Soler) al que trata de limpiar tanto de influencias escolásticas hispanas como de influencias anglosajonas del utilitarismo benthamista (muy apreciado por los comerciantes panameños) para otorgarle a don Justo un carácter "positivista" criollo que, a juicio de Pulido, no tenía. "Aparentemente este filósofo nacional no le presta atención al Panamá moderno, al que le rodea" (pp. 33–34). Por ello cae también en la antimodernidad.

Hechas todas estas críticas, cabe preguntarse: ¿Con qué intelectuales panameños se identifica Luis Pulido Ritter en su abordamiento de lo "nacional"? Con dos: Roque Javier Laurenza y Rafael Moscote. Pulido resalta del primero su "esencialismo" (basado en Ortega y Gasset de la ***Rebelión de las masas***) que intenta congeniar nación y modernidad, por la vía de la cultura, y del segundo su pragmatismo mezclado con humanismo, ambos separados de la corriente principal de los pensadores panameños del siglo xx.

Lo dice así: "En este esencialismo laurenzeano, cuya nación no puede ser alcanzada mientras no se termina con las urgencias vitales, hay una legitimación de la modernidad —simbolizada por los hombres de alma extranjera— por el camino de un fatalismo inevitable.

Y a partir de aquí el camino de alcanzar a la nación es dado a cada individuo que logre levantarse de sus urgencias vitales. Esta elevación, según Laurenza, solo puede alcanzarse a través de la cultura, cuando se venza al especialista que es producido justamente en las universidades, cuya enseñanza está sometida a las urgencias vitales del momento" (Pulido, 2007, pp. 152-153).

El problema de la filosofía de Ortega y Gasset, a la que adhieren

Laurenza y Pulido es que construye un modelo idealista de modernidad por la cual ciudadanos libres de “las urgencias vitales”, como individuos (no colectividades) asumen para sí una perspectiva “humanista” (universalista), despojada de todo prejuicio localista, regionalista, nacionalista e incluso profesional. Ese ideal no existe y no puede existir en el mundo concreto.

Ese criterio idealista de “modernidad” y "nación" despoja estos conceptos de su real contenido social en el mundo actual. Porque las "naciones" no son asociaciones libres de individuos unidos voluntariamente, sino una construcción social y económica escindida en contradicciones de clase, la cuales imponen "urgencias vitales" insuperables para la mayoría de la población; y porque en realidad la "modernidad" no es más que un eufemismo para designar al sistema capitalista, que es una sociedad basada en la explotación de clases que a nivel mundial se ha convertido en un sistema de dominación imperialista, por el cual las clases dominantes de un puñado de países (naciones) se apropian de los productos del trabajo de la inmensa mayoría de la humanidad (otras naciones).

Modernidad es capitalismo. En el siglo XX, y sobre todo en referencia a Panamá a partir de 1903, modernidad es capitalismo imperialista, enclave colonial, neocolonialismo y dependencia. Hablar de imperialismo nos obliga a abordar el asunto a la manera de Lenin, quien como marxista no era nacionalista (y en eso hay coincidencia con Gasset, Laurenza y Pulido) pero supo comprender que los nacionalismos del siglo XX eran de dos tipos (impuestos por el capitalismo en su fase imperial): el nacionalismo de los países oprimidos, el nacionalismo de los países opresores; teniendo los primeros un carácter "progresivo" y los segundos un carácter "reaccionario" (Lenin, 1977).

Al enfoque de Pulido le viene a pelo la crítica que Marx y Engels

hacen a sus amigos neohegelianos: “La crítica alemana no se ha salido hasta en estos esfuerzos de última hora, del terreno de la filosofía” y “A ninguno de estos filósofos se la ha ocurrido siquiera preguntar por el entronque de la filosofía alemana con la realidad alemana” (1974).

Él, al igual que los neohegelianos alemanes a los que se referían Marx y Engels, hace una crítica correcta a una filosofía "romántica" de la nación panameña, pero la contrapone a otra filosofía igualmente idealista (ortegueana) de la nación, pasando por alto las implicaciones sociales y económicas concretas. Y al igual que en la Alemania de entonces, la única forma de "superar" los conceptos viejos no es reemplazándolos por conceptos nuevos, sino cambiando la realidad social que les dio origen: la nación panameña al servicio de una clase social, que nos impone esas malditas "urgencias vitales" a las mayorías y la modernidad globalizada que es sinónimo de saqueo imperialista norteamericano.

Comprender el problema de la nación y del pensamiento panameño, requiere historiar el proceso de expansión del capitalismo norteamericano y el papel que el Istmo de Panamá ha jugado en esa expansión imperialista, en dos momentos claves: hacia el oeste con su “fiebre del oro” a mediados del XIX, y hacia el Pacífico en 1903. Lo que nos lleva al papel de Wall Street en la separación de Panamá de Colombia, asunto que Pulido despacha en un pie de página preguntándose: “*si este debate tiene alguna consecuencia cognitiva, práctica y pertinente de valor para el Panamá actual”* (p. 9). ¡Pero si este es el asunto!

Es imposible entender el siglo XX panameño y a sus intelectuales, sin la intervención yanqui de 1903, la imposición de la separación de Colombia y del esquema colonial (protectorado), para construir un canal y una Zona del Canal. Eso es lo que explica la razón de ser de todos esos intelectuales

y literatos con los que polemiza Pulido: su lucha por impedir la asimilación de Panamá por parte de Estados Unidos, su lucha por sobrevivir como pueblo, por superar el colonialismo y alcanzar la verdadera independencia nacional, recuperando para el bienestar panameño el principal recurso natural (la posición geográfica) literalmente robada por el imperialismo norteamericano con el Tratado Hay-Bunau Varilla. ¿Por qué la nación romántica panameña no surgió en el siglo XIX? ¿Por qué nuestro romanticismo tardío? La respuesta está en los hechos de 1903.

> Pulido no termina de captar que la forja de la identidad nacional panameña está asociada a la lucha antiimperialista contra la modernidad colonial. Por eso en otro pie de página (en este libro las citas al pie son tan importantes como el texto): "Con respecto al Incidente de la Tajada de Sandía sería pertinente preguntarse qué proyección puede seguir teniendo todavía este acontecimiento para la sociedad panameña contemporánea. ¿Es posible construir el orgullo nacional a través de un hecho sangriento? ¿Para qué una nación moderna, dinámica, democrática, pluricultural y abierta necesita de esta matanza que puede recordar cualquier Progrom?" (2007, p. 78).

> Ese pie de página resuelve el análisis textual del libro de Pulido y le da su verdadero sentido. Su concepto de "nación moderna", con todos esos atributos tan discutibles para los panameños de a pie, cargados de nuestras "urgencias vitales" (que les pregunten a los obreros cuán "democrática"; a los indígenas cuán "pluri-cultural"; a los negros cuán "abierta"; a los desempleados cuán "dinámica" es la sociedad panameña) es la negación de la verdadera nación panameña. Es la visión de la "nación" de nuestras clases dominantes, banqueros y comerciantes, socios menores del capital extranjero, que en 1903 anhelaban ser una estrella más en la bandera yanqui, y que hoy se contentan con la

visa norteamericana que les permita un apartamento en Miami.

Esa “nación moderna” sólo la conocen quienes habitan en Costa del Este o Paitilla, y a los que les molestan cursos como el de las "Relaciones de Panamá con los Estados Unidos", con sus historias de invasiones, de mártires y héroes, estos sí de verdad y no imaginarios. Nunca Panamá fue tan "moderna" como hoy, pero sigue siendo igual de insatisfactoria para la mayoría de la "nación" como hace cien años. En el plano de las ideas la contradicción está en que en esa "modernidad globalizada", los humanistas no son bien vistos y sobre sus espaldas siguen pesando las "urgencias vitales". Es que el pragmatismo y utilitarismo de nuestros banqueros y comerciantes no hace buen "maridaje" con el humanismo.

En últimas, nuestros intelectuales del siglo XX tenían razón: la "modernidad" (capitalista, imperialista y globalizada) atenta contra la "nación panameña", si entendemos la "nación" como el espacio vital de la mayoría de los habitantes del Istmo, pertenecientes a la clase trabajadora (asalariada), a la cual ese sistema socioeconómico les roba sus posibilidades de realización personal y colectiva. La única manera de que algún día los panameños y la humanidad entera superemos esas contradicciones, para despojarnos de nacionalismos, localismos, "urgencias vitales", prejuicios, es que cambiemos el signo social de una globalización capitalista que nos saquea (con maña y con la fuerza).

Coincidiendo con Luis Pulido Ritter en la necesaria revisión crítica del pensamiento panameño del siglo XX, y de su imaginario sobre la “nación romántica”, creo que una perspectiva que ponga como fondo los acontecimientos que conmovieron al país en su lucha contra la opresión extranjera: Lucha Inquilinaria del 25; Movimiento Antibases del 47; Siembra de Banderas y Operación Soberanía en los 50; 9 de Enero de 1964; la Invasión del 20 de Diciembre de 1989; permite comprender mejor a

nuestros intelectuales y ser más benignos en el balance histórico de sus aportaciones.

Porque esos intelectuales, aunque inventaron y mitificaron una nación (que en realidad fue española, luego colombiana y sólo en el siglo XX fue panameña), se vieron obligados a ello para producir una ideología, una bandera, para enfrentar con la conciencia (y en las calles, muchos de ellos) el saqueo imperialista y el enclave colonial.

Bibliografía

Araúz, C. y Pizzurno, P. (1997). *El Panamá hispano* (1501-1821). Panamá: La Prensa.

Beluche, O. (1997). *Estado, nación y clases sociales en Panamá*. Panamá: Editorial Portobelo.

Chiaramonte, J. C. (1999). En torno a los orígenes de la nación argentina. En A. Hernández Chaves, R. Romano y M. Carmagnani (Coords). *Para una historia de América:(Los nudos 1)* (Vol. 2, pp. 286-317)**.** México: Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México.

Cooke, R. y Sánchez Herrera, L. A. (2004). El Panamá prehispánico. En A. Castillero Calvo (Dir.). *Historia general de Panamá* (Vol. I, T. II, pp. 3-46). Panamá: Comité Nacional del Centenario.

Escarreola Palacios, R. (19 de mayo de 2019). Una mirada histórica a la literatura panameña: el caso de El llanto de Panamá". *El Siglo*.

Lenin, V. I. (1977). Balance de una discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación. En *Obras completas: Tomo* XXIII *septiembre 1915 – julio de 1916* (pp.441-480). Madrid: Akal Editores.

Marx, C. y Engels, F. (1974). *La ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo.

Pulido Ritter, L. (2008). *Filosofía de la nación romántica (Seis ensayos críticos sobre el pensamiento intelectual y filosófico en Panamá, 1930-1960).* Panamá: Editorial Mariano Arosemena.

Sibaja, L. F. (2006). *El cuarto viaje de Cristóbal Colón y los orígenes de la provincia de Costa Rica.* San José, EUNED.

Cuestiones metodológicas en torno a la historia del 3 de noviembre de 1903

A. Verdad y mentira en la historia

Si algún académico (a) dijera que en 2022 todo el pueblo panameño apoyaba la gestión del presidente Laurentino Cortizo, ¿Esa afirmación sería verdad o mentira? Y si se dijera dentro de cien años, ¿Lo que hoy es mentira, se transformaría en verdad? ¿O seguiría siendo falso?

En el mismo sentido, cuando un historiador (a) afirma que, el 3 de noviembre de 1903, "todo el pueblo panameño" apoyaba la separación de Panamá de Colombia y su subsecuente tratado sobre el canal, está faltando a la verdad.

Quienes así hablen no dicen la verdad porque omiten (por ignorancia o mala fe) las opiniones contra la separación y el Tratado Herrán Hay de destacadas figuras panameñas, como Belisario Porras, Juan B. Pérez y Soto, Oscar Terán y buena parte de la fracción liberal.

Quienes suponen la existencia de una idílica "unidad nacional" el 3 de noviembre de 1903, pasan por alto que la mayoría del país (60%) vivía en zonas rurales y no se enteraron de los acontecimientos hasta días y semanas posteriores, como hechos consumados, en los que no tuvieron la menor participación. Consumados por una élite no mayor de 8 personas (al decir de Tomás

Arias), vinculadas al partido oficialista colombiano (conservador) y relacionadas con empresas norteamericanas como el Ferrocarril de Panamá (*Panama Rail Road Co.*).

Si alguien dijera hoy, o dentro de cien años, que en Panamá no hay corrupción, que las coimas y escándalos de Odebrecht (y tantos otros casos) son solo una "leyenda negra". ¿Estaría diciendo la verdad o mintiendo?

En el mismo sentido, quien pretenda que, respecto del tratado sobre el canal y la separación de Colombia, no hubo un negociado en torno a las acciones del "canal francés", manejadas por personajes como William N. Cromwell y Phillipe Bunau Varilla, está faltando a la verdad, ya sea que lo haga por ingenuidad o por cinismo, dado que el asunto está ampliamente documentado.

Si alguna persona afirma, como de hecho sucede, que Estados Unidos es un país "amigo" de Panamá y que todos sus actos están motivados para "ayudarnos" a ser "libres, independientes y prósperos". ¿Dice la verdad? o ¿No conoce cómo funciona el mundo? Mismo criterio aplicado a 1903, ¿Estados Unidos intervino con sus soldados y acorazados para ayudarnos a ser libres del "yugo colombiano"? ¿Cuál era el país imperialista, Colombia o Estados Unidos?

Existe en todo debate histórico, y particularmente en torno a los hechos del 3 de noviembre de 1903, una disputa entre lo que fue cierto y lo que no, entre las falsificaciones y la realidad de los hechos, entre la mentira y la verdad. Este es el verdadero trabajo de quien pretenda hacer investigación histórica de manera honesta: despejar la bruma para establecer los verdaderos contornos de las cosas, separar el mito y la leyenda para establecer los hechos, ser como un detective que analiza el contexto y sus detalles para establecer cómo sucedieron los eventos.

Hay un reconocimiento de que el oficio de la historia consiste en una lucha para establecer qué es mentira y qué es verdad, en la muy conocida afirmación: "la historia la escriben los vencedores". Esa frase es completamente cierta, las historias oficiales las hacen los ganadores, las clases dominantes. Las historias oficiales se convierten en parte del instrumental ideológico con el cual el Estado y la clase que lo dirige controlan la mente de los dominados (hegemonía cultural, al decir de Gramsci; o violencia simbólica, al decir de Bourdieu).

Cada profesional de la Historia puede elegir entre ser agente al servicio de la clase dominante, lo cual le puede ser útil si pretende escalar socialmente; o luchar por establecer la verdad histórica, y visibilizar los hechos que realmente acontecieron, como única vía que sirve a la liberación de los pueblos. "La verdad os hará libres" (*Veritas vos liberabit*) (Evangelio de San Juan, versículo 8:32).

B. Contextualizar

Recientemente he escuchado que no debemos realizar un análisis crítico de la actuación de los "próceres de 1903", porque hay que "contextualizar" sus circunstancias, para comprenderlos y de esa forma encontraremos que sus actos son excusables porque es lo que podían hacer en aquel momento histórico. Usado de esa manera el concepto contextualizar equivale a "justificar", pero esa no es la acepción correcta del término.

"Contextualizar" consiste en "poner en contexto", es decir, hacer visibles todas las circunstancias que rodean una situación o acontecimiento. Lo cual implica "problematizar", complejizar, que es lo contrario de "simplificar", que es lo que hacen quienes pretenden apoyar la "leyenda dorada" de la separación de Colombia, para poder justificar lo sucedido.

Los apologistas del 3 de noviembre hacen un reduccionismo o simplificación de los hechos para señalar que "los panameños" queríamos separarnos de Colombia porque "los colombianos" nos tenían "olvidados" y no "construyeron ni un puente" (Eusebio A. Morales), por eso aprovechamos el "apoyo" de Estados Unidos para separarnos de ese país, todo ello dirigido por un puñado de próceres que recibieron el respaldo de la nación. Eso no es contextualizar, sino todo lo contrario, la leyenda dorada pinta un cuento idílico de buenos y malos para hacer una historia que sirve de propaganda a la clase dominante panameña.

Contextualizar es preguntarse: ¿Todos los panameños apoyaban la separación o había posiciones contradictorias? ¿Cómo se alineó la gente en ese momento en función de la pertenencia de clase o filiación política? ¿Quiénes eran los llamados "próceres", social y políticamente hablando? ¿Qué factor jugaba Estados Unidos, cuáles eran los intereses de esta potencia capitalista emergente en el acontecimiento? ¿Y el gobierno de Colombia qué actitud tomó y por qué? ¿Qué relación tenían los líderes liberales y conservadores panameños con sus homólogos colombianos? ¿Panamá y Colombia eran dos naciones distintas y contrapuestas? ¿Qué debemos entender por el concepto "nación"? ¿En verdad fueron separatistas las actas del siglo XIX o expresaron otro tipo de conflictos políticos?

A esas preguntas respondemos en nuestro ensayo "El mito de los próceres", y no lo hacemos con nuestra opinión, sino aportando evidencia documental abundante.

C. Historicismo como determinismo geográfico

El historicismo, que es un derivado extremo de la filosofía de la historia hegeliana, entendido como una perspectiva teórica, pretende que la historia está guiada por un objetivo que se debe

cumplir, una teleología, como si fuera un designio divino escrito en alguna parte. El historicismo es muy utilizado como una justificación de 1903.

En Panamá ese historicismo está asociado a un determinismo geográfico, según el cual, al ser este territorio un istmo entre dos mares está marcada su "vocación histórica" por el comercio y al servicio de estos comerciantes. Para esa perspectiva historicista y determinista la historia de la "nación panameña" está asociada al cumplimiento de ese destino: servir al comercio mundial.

Todo lo que en el pasado implique la ejecución de ese designio está justificado. Todo lo que se le oponga está mal y debe ser rechazado. Los ejecutores de ese destino, la clase comerciante, son los "padres de la patria", empezando por Vasco Núñez de Balboa, el "descubridor del Mar del Sur", y quienes se le han opuesto han servido a intereses antinacionales, según esa teoría tan extendida.

Con base a este criterio se ha impuesto un modelo económico, o formación económico social, denominada "transitismo". Esa historia basada en el determinismo geográfico es la justificación del transitismo a ultranza, el cual ha impuesto una estructura económica y social débil, con escaso desarrollo agrícola e industrial, con un país supeditado a intereses foráneos ("*Pro Mundi Beneficio*"), no solo comercialmente, sino también políticamente, en fin, un Estado nacional dependiente y semicolonial.

Esa perspectiva historicista y determinista omite que, al igual que hoy, existieron sectores sociales y políticos contrapuestos al transitismo y con otros proyectos sociales. Por ejemplo, en 1821, los cabildos de La Villa y Natá, que proclamaron la independencia de España y se dispusieron a enfrentar con las armas al cabildo de los comerciantes de Panamá, que seguía supeditado al proyecto colonial de la monarquía.

En 1860-61, la guerra civil que enfrentó al arrabal de Santa Ana dirigido por el liberal Buenaventura Correoso contra el oligarca conservador apoyado por los mercaderes de San Felipe y los terratenientes de Veraguas, Santiago de la Guardia. También en 1903 se expresó otro proyecto alternativo al transitismo de los próceres, el proyecto liberal de Belisario Porras expresado en su ensayo "La venta del Istmo", a mediados de 1903.

D. La nación como mito

La "unidad nacional" no ha existido nunca, en ninguna parte, lo cual incluye a Panamá, en 1903. Nunca ha existido en la historia un Estado, estado nacional o país, en el que todos sus habitantes estén completamente unidos sin fisuras. Esto sucede porque la "nación", entendida como "identidad", es una construcción ideológica al servicio de las clases dominantes de todos los países fomentada por una actividad político-ideológica particular, que se denomina nacionalismo.

La "nación" es un concepto complejo, con al menos dos acepciones actuales: nación como sinónimo de Estado, es decir un territorio con una población dirigida por un gobierno soberano; y la nación-cultura, es decir, entendida como identidad étnico cultural, basada en un "pueblo" con una historia común, unas tradiciones y una misma lengua.

Los Estados nacionales o naciones estado, no son homogéneos y están compuestos por habitantes con múltiples etnicidades y culturas. Las pretendidas naciones culturales, no existen en estado puro en ninguna parte, salvo en la imaginación de los nacionalistas y chauvinistas. Pero en esta última concepción, que es la que se ha puesto de moda desde el siglo XIX, la nación en realidad es una construcción ideológica, es lo que Benedict Anderson denomina "comunidad imaginada".

En palabras de Eric Hobsbawn: "… los criterios que se usan con este propósito -la lengua, la etnicidad o lo que sea- son también borrosos, cambiantes y ambiguos, y tan inútiles para que viajero se orienta como las formas de las nubes son inútiles comparadas con los accidentes del terreno". Ernest Renan diría: "Así la esencia de una nación consiste en que todos los individuos tengan muchas cosas en común, y también en que todos hayan olvidado muchas cosas".

Lo que se cree tener en común, como lo que se olvida (por ejemplo, que fuimos colombianos) no es producto de la casualidad, sino una construcción ideológica hecha desde el poder, manipulando la historia, la educación, la propaganda y como se adoctrina con ella a la ciudadanía, para cohesionar las conciencias en torno a un objetivo político (hegemonía cultural, en palabras de Antonio Gramsci).

La nación moderna, y el nacionalismo, son un producto del sistema capitalista, junto con conceptos como ciudadanía y pueblo. Lo que sucede es que, superada la fase "teológica", al decir de Augusto Comte, en que la legitimidad política se alcanzaba por la vía religiosa, justificando el uso del poder en nombre de la voluntad de dios o de la iglesia, ahora se apela a la manipulada identidad nacional para alcanzar la legitimidad de los que mandan, quienes alegan que lo hacen por "la voluntad popular", o de la nación.

Si se observa la "nación" o el estado nacional con un lente, como quien utiliza un microscopio para ver las estructuras de la materia, encuentra que está dividida en estructuras contrapuestas: las clases sociales, los grupos de interés, los partidos políticos, grupos étnicos y multiplicidad de identidades.

No se trata de negar la existencia de elementos étnico - culturales

comunes a una población, como: lengua, folklore, costumbres, modas, etc. Pero esos elementos pueden ser tan amplios como Hispanoamérica (lo que nos une a Colombia) y tan excluyentes como la población afrocaribeña de habla inglesa que emigró a Panamá durante la construcción del canal y que fue excluida del "ideario panameñista" por Arnulfo Arias.

De manera que si alguien dice que en 1903 los "próceres" actuaron en defensa de los intereses de la "nación panameña" falsifica los hechos, porque en realidad se trataba de los intereses de unos pocos disfrazados del interés general.

E. El anacronismo

Otro error habitual entre quienes reflexionan sobre los acontecimientos de la historia es el anacronismo, que consiste, entre otras cosas, en trasladar al pasado valores y formas de pensar del presente. En el caso que nos ocupa, el anacronismo se produce cuando se habla de los habitantes del Istmo de Panamá en todo tiempo pasado como "los panameños". Usada de esta manera la expresión "los panameños" se convierte en un eufemismo para nombrar a la "nación panameña" sin hacerlo, porque podría ser fácilmente cuestionable la existencia de tal entidad antes de 1903, al menos.

Este anacronismo es una forma de hacer trampa, transformando un hecho real, la gente que habitaba el Istmo de Panamá en tiempos pasados, llamándolos "panameños" se los convierte en sinónimos de la "nación panameña", que es una entidad surgida con posterioridad a 1903.

Por ejemplo, cuando se dice que en 1821 "los panameños" nos independizamos de España, "sin ayuda de Simón Bolívar", y nos adherimos "voluntariamente" a la Gran Colombia. Pero resulta

que asignar la identidad de "los panameños" es un anacronismo, puesto que la denominación oficial del territorio y sus habitantes era: provincias del Istmo, adscritas política y administrativamente al Virreinato de nueva Granada, cuya capital era santa fe de Bogotá. Genéricamente se decía "el Istmo", antes de 1821, y durante buena parte del siglo XIX, para referirse a dos provincias con sus particularismos e intereses contrapuestos: Veraguas y Panamá. Panameños eran los habitantes de la ciudad de Panamá y, en todo caso a la zona de tránsito.

La expresión "los panameños" omite que, hasta 1821, los criollos, como clase dirigente, se identificaban como "españoles de América". Esa expresión falsea el contexto de la independencia, porque nadie habló por todos los habitantes del Istmo, sino que cada cabildo hizo sus propios pronunciamientos apelando a los demás. Además, estaban confrontados La Villa y Panamá, hasta el 28 de noviembre. Tampoco existía alguna entidad que hablara, ni por una nación que no existía, ni denominara a todos los habitantes y con la cual ellos se sentían identificados. Entre tantas otras cosas que borra esa expresión, está el hecho de que tanto en el Acta del 10 de noviembre, como en la del 28 de noviembre se reconoce a Colombia como el Estado al que naturalmente pertenecían los habitantes del Istmo.

En 1903, usar genéricamente la expresión "los panameños" pasa por alto detalles como: que el pintor istmeño, Sebastián Villalaz, pintó un cuadro, en 1902, referido a la Guerra de los Mil Días y que tituló "Colombia asesinada", no "Panamá asesinada", lo cual habla sobre su "identidad nacional", que Belisario Porras en su ensayo "La venta del Istmo" (no "la venta de Panamá") se identifica como colombiano; al igual que el senador istmeño Juan B. Pérez y Soto, etc.

Hay que tener cuidado con el uso de generalizaciones como

"los panameños" hacia el pasado. Hay que preguntarse si esa era la identidad utilizada en la época, puesto que las identidades son cambiantes, no estáticas. En segundo lugar, si el concepto denomina un localismo o es un eufemismo por nación. Porque, por ejemplo, es evidente que se puede ser chiricano, sin que eso implique un proyecto de estado nacional separado de Panamá. Igual sucedía con el istmo de Panamá y el Estado colombiano durante el siglo XIX.

Bibliografía

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica. México, D. F. 1993.

Araúz, Celestino A. y Pizzurno, Patricia. *Estudios sobre el Panamá republicano (1903-1989)*. Manfer, S.A. Panamá. 1996.

Beluche, Olmedo. *El mito de los próceres. La verdadera historia de la separación de Panamá de Colombia*. Segunda edición revisada y ampliada. Antónima. Bogotá, Colombia. 2021.

Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica. Barcelona. 2013.

Terán, Oscar. Del Tratado Herrán-Hay al Tratado Hay- Bunau Varilla. Historia crítica del atraco yanqui, mal llamado en Colombia la pérdida de Panamá y en Panamá nuestra independencia de Colombia. Valencia Editores. Bogotá. 1976.

Pensar la historia a partir de un ensayo de Alfredo Castillero Calvo

Introducción

El historiador panameño Alfredo Castillero Calvo ha escrito un ensayo que debe usarse para debatir en los cursos de teoría y metodología de la historia, y por extensión de todas las ciencias sociales. Nos referimos a "Pensar la historia: Propuestas epistemológicas" (Castillero, 2023), con el cual va más allá de su prolífica obra sobre la conquista y período colonial en el istmo de Panamá, e incluso de esos amenos artículos con los que cada domingo nos hacía disfrutar con aspectos, muchas veces jocosos, de la vida cotidiana en la colonia. Con este ensayo, que cierra un ciclo, Castillero pasa a dialogar sobre el oficio de historiador.

Personalmente confieso que no solo lo leí con el interés con el que sigo todo lo que escribe Castillero, sino que este ensayo me ha hecho reflexionar. De esa reflexión puedo afirmar que suscribiría la mayor parte de lo dicho en "Pensar la historia: Propuestas epistemológicas", por Castillero. Pero no todo. Ahí está justamente el debate académico del que seguramente se podrá sacar más jugo del aporte que nos ha regalado el maestro Castillero.

¿Qué dice Alfredo Castillero?

De salida afirma: "Los hechos históricos no se comportan linealmente, ni son el resultado de procesos que tienen un solo origen". Los hechos históricos son de "causalidad múltiple". Define la

historia como "un proceso de cambios", en los que algunos tardan siglos en madurar y otros irrumpen de manera no prevista, de allí lo "imponderable" de la historia. "Ni un principio anticipa el fin, ni siempre es fácil reconocer el origen de lo que vino después".

Luego desliza una crítica al marxismo (o a cierto marxismo mecanicista). "No se puede reducir el estudio del pasado solo a conflictos de clase, ni a todo fenómeno subyace una razón económica, porque la historia no es tan simple, ni está hecha de categorías abstractas, sino de individuos concretos…"

Castillero rescata el peso en los hechos de la historia de factores subjetivos como el poder, la codicia o las mentalidades. "…no siempre lo que decide es lo económico. Muchas veces el gran motor de cambio son los sueños, las mentalidades, los mitos e ilusiones de los pueblos".

Respecto a la relación entre lo económico y la cultura (o ideología), Castillero dice: "El materialismo histórico nos ha acostumbrado a pensar que el estudio del primero debe explicar el segundo…" Al respecto, más adelante pone el ejemplo del período colonial, en el que las motivaciones de las personas estaban más en lo espiritual que en lo económico.

Si bien esto puede ser aplicable a algunos autores, no es el caso de la mayoría de los historiadores(as) marxistas de muy alta calidad y que, con seguridad él conoce. Para mencionar algunos, citemos a los reputados marxistas británicos: Maurice Dobb, Rodney Hilton, Christopher Hill, Eric J. Hobsbawm y Edward P. Thompson.

En realidad, lo que el marxismo señala es que existe una relación entre la organización social, no solo económica, con las formas de pensar de una época, con la cultura "inmaterial". No un "determinismo económico".

Respecto a la relación economía y cultura (superestructura) saca una conclusión importante: "Pero también esos dos polos -el de

lo material y el del espíritu- pueden incitarse mutuamente en una inagotable relación dialéctica en la que a veces no se sabe dónde encontrar el origen de sus ritmos, discernir el predominio de una fuerza sobre otra". Pues esto justamente es lo que plantea el método marxista, la relación "dialéctica" entre organización social (no solo economía) y cultura.

Advierte que, para hacer historia científica, hay que evitar hacerlo en base a criterios ideológicos, partidistas, familiares o provincianos. Estos vicios conducen a una historia sin base documental la cual termina en mito. "La materia prima de la historia es el pasado, y al pasado nos asomamos con evidencias documentales, no mediante abstracciones… basadas en elucubraciones teóricas…".

Respecto a los enfoques cuantitativos *vs.* cualitativos, Castillero advierbor del historiador es hacer hablar los textos donde estos callan, no someterse servilmente a su estricta literalidad". Y sobre los enfoques cualitativos hay que cuidarse de la especulación sin evidencias.

Destaca la importancia de los objetos para comprender la cultura de cada época porque permite convertir la "anécdota en historia densa", y cita al norteamericano Clifford Geertz, padre de la antropología simbólica, como referente en este tema.

Posteriormente, Castillero analiza la importancia de las crisis históricas porque en ellas la sociedad expresa claramente sus angustias, miedos y odios. En las crisis sobreviene un "aluvión de testimonios" de diverso tipo, que hace que los hechos resplandezcan "como relámpago en la noche oscura y muestran, de golpe, un horizonte que ni siquiera sospechábamos". Volviendo a las cuestiones de método señala que el historiador debe partir por un conjunto de preguntas, y cita a Lucien Febvre: "Formular un problema es el comienzo y el fin de toda la historia. Sin problemas no hay historia".

También aborda el problema de la historia tradicional afirmando: "La mayoría de los panameños comparte una visión del pasado dominada por lugares comunes, falsificaciones, ambigüedades, omisiones y mitos. A esa visión subyace una concepción epistemológica de la historia profundamente tradicionalista y conservadora. Tradicionalista porque prefiere la anécdota al análisis y confunde la historia con meras cronologías… Conservadora, porque le incomoda la posibilidad de enfoques revisionistas que pudieran cuestionar los hitos sobre los que descansan los valores de una alegada identidad nacional en la que no hay sombras ni manchas de dudas". Coincido plenamente.

Criticando esos enfoques tradicionalistas opina Castillero, que creen que hacer historia consiste solo en narrar hechos, cuando en realidad "cada dato debe ser interpretado y toda historia debe ser explicada" (tomar nota). "Sin embargo, no debemos olvidar que no hay historia sin hechos… sin pruebas".

Aunque señala que se puede hacer historia de múltiples maneras, dependiendo de los criterios de cada historiador (a), todas legítimas, siempre que se atengan a los hechos, y que incluso la microhistoria aporta luces, Castillero termina abogando por la "historia total": "… debemos intentar en la medida de las posibilidades documentales, reconstruir la mayor cantidad de espacios de pasado para observarlos como conjunto armónico y coherente…".

El último subtítulo lo denomina "Memoria, historia e identidad", y empieza citando a Fernand Braudel cuando dice que: "El tiempo pasado no es nunca totalmente pasado, y algunas veces el presente está más cerca del pasado que del porvenir".

Para culminar en la parte más controversial de este ensayo, a mi modo de ver, cuando afirma que a veces la realidad histórica nos empuja a un destino que no podemos controlar. Hablando de Panamá: "Después de todo, nuestra posición geográfica jalonó

nuestra historia desde el comienzo y la sigue jalonando". "La identidad de los pueblos se sustenta sobre la concienciade su pasado. Mientras más fuerte es esa identidad más sólida es su sentido de historicidad, de pertenencia a un pasado común".

"Nuestro nacionalismo, al igual que le nacimiento del liberalismo, …, se originó en el siglo XIX… Pero si el nacionalismo y el trasfondo ideológico que le sirve de base, han constituido los soportes fundamentales de nuestra legitimación como pueblo y como unidad nacional, es necesario que esa legitimación tenga apoyo en la conciencia histórica" (ojo).

Esto último me recuerda un mandato de Carlos Gasteazoro para los historiadores panameños en el sentido de que debían buscar en el pasado colonial y del siglo XIX las particularidades que nos diferenciaran de Colombia, ya que los historiadores panameños de aquella época no lo hicieron (Gasteazoro, 1970). Poner lo que no estaba, pero que sirva a la legitimación del estado nación nacido el 3 de noviembre de 1903.

Reflexiones críticas a los aportes epistemológicos de Castillero

1. No discuto aquello con lo que estoy plenamente de acuerdo: la historia es un libro abierto y, en buena medida imponderable, porque los factores que intervienen en ella son tantos que es muy difícil predecirla; factores objetivos y subjetivos; y no puede ser reducida a un solo factor, así sea el económico como hace cierto marxismo mecanicista. Por eso, ni el tirano más poderoso puede controlar por completo una sociedad, ni el historiador más sagaz es capaz de predecir el futuro con certeza.

2. La historia es un libro abierto, pero es posible encontrar en ella tendencias, regularidades y, de hecho, se pueden hacer,

y se hacen, pronósticos de tipo probabilísticos o hipotético-deductivos. Si no fuera así, la "historia científica" de la que habla Castillero no sería posible porque tendríamos un caos en el que solo quedaría aplicar un "individualismo metodológico", es decir, meras descripciones anecdóticas de las que no se podrían sacar conclusiones.

3. La historia, para que sea ciencia, como desea Castillero, busca en el mar de hechos que parecen caóticos, establecer algún orden lógico, racional. Y con qué instrumentos vamos a los hechos (documentos, registros o datos) a encontrar el orden racional de las cosas: vamos armados con un instrumental teórico, con categorías (como diría Kant), con conceptos teóricos con los que cotejamos los hechos y los ordenamos.

4. Es ahí donde hay que recatar, entre tantos aportes teóricos en historia y ciencias sociales el materialismo histórico, que Castillero parece rechazar en bloque, porque ha aportado un aparato conceptual que permite poner luz, o ayudar a comprender muchos hechos históricos y sociales.

5. Castillero cita a Fernand Braudel, de cuya corriente abrevó en sus ensayos de juventud, por lo que sabe muy bien que la "escuela de los anales" en general, y la historia económica debe muchísimo a la teoría marxista o materialismo histórico. Porque, después de todo, el concepto "larga duración" tiene una deuda con la categoría marxista de "modo de producción".

6. Otro ejemplo, entre muchísimo, en los que el marxismo ha puesto luz: ¿A qué se debió la Segunda Guerra Mundial? ¿A la "locura" de Hitler como pretende cierta perspectiva ideológica norteamericana? ¿O fue un conflicto entre intereses capitalistas por el control de los mercados mundiales? ¿A qué se debe la guerra ruso-ucraniana, a

la ambición desquiciada de Putin, como dicen algunos medios de comunicación, o hay algo más profundo respecto al control planetario por parte de potencias imperialistas? El método marxista ayuda a responder estas preguntas con mucho rigor científico y factual, superando las interpretaciones sicológicas y caricaturescas de claro corte ideológico.

7. Por otro lado, Castillero no puede dejar de reconocer que, en la relación entre potencias imperialistas y sociedades coloniales y semicoloniales, la variante marxista latinoamericana denominada Teoría de la Dependencia ha aportado considerablemente.

8. El método marxista también ayuda a comprender la historia de Panamá: ¿En la separación de Colombia jugaron algún factor intereses capitalistas materializados en la Compañía Nueva del Canal, la Panamá Rail Road Co., ¿J. P. Morgan y el abogado William N. Cromwell? ¿O todo se reduce al "fervor patriótico" de J. A. Arango y Manuel Amador Guerrero? ¿Por cierto, estos últimos personajes guardaban alguna relación con los primeros? De nuevo, solo un método que diseccione los profundos nexos entre intereses económicos foráneos y locales puede ayudarnos a conocer las motivaciones reales de los actores de la separación de Colombia, superando el cúmulo de falsedades y medias verdades que rodean el acontecimiento en la historia oficial panameña.

9. Si bien, como dice Castillero, no todos los hechos históricos son reducibles a razones económicas o clasistas, buena parte de esos hechos sociales e históricos sólo se entienden gracias al instrumental teórico aportado por la teoría marxista. Podríamos seguir ejemplificando el enorme poder del materialismo histórico para entender

las sociedades, por ejemplo: ¿Las próximas elecciones de 2024 en Panamá son una competencia democrática entre proyectos, como dicen algunos políticos, o hay inconfesables intereses crematísticos detrás de la mayoría de los partidos y sus candidatos?

10. Por supuesto, lo material o económico no lo explica todo, pero muchas veces, sobre todo en los trazos gruesos de la historia, es posible establecer una relación entre el "mundo material" y el "mundo espiritual". Por eso coincido plenamente por lo dicho por Alfredo Castillero Calvo cuando afirma: "Pero también esos dos polos -el de lo material y el del espíritu- pueden incitarse mutuamente en una inagotable relación dialéctica en la que a veces no se sabe dónde encontrar el origen de sus ritmos, discernir el predominio de una fuerza sobre otra". Exactamente ese es el criterio del marxismo no mecanicista.

11. Nos ilustró en ese sentido una clase con el profesor Guillermo Castro en la Maestría de Estudios Políticos de la Universidad de Panamá, señalando la relación entre las corrientes pictóricas mexicanas y la historia política del país. Mientras en el periodo colonial prevalecían pinturas con temas religiosos y personajes notables del Virreinato de la Nueva España; durante el "Porfiriato" destacaban los retratos de burgueses y de paisajes en que aparecían las nuevas tecnologías, como el ferrocarril; la pintura muralista nació con la Revolución de 1910, llenándose sus temas de los actores centrales de aquella gesta: campesinos, indígenas, pueblo. Podríamos aportar muchísimos otros ejemplos como éste, en el que el enfoque marxista aporta enormemente a la comprensión de los hechos históricos.

12. Fue el filósofo Hegel el que se preguntó si la historia humana obedecía a alguna lógica, si se movía en algún

sentido, o si era solo repetición infinita, como creían algunas culturas, o su objetivo era la segunda venida de Jesucristo, como creía el cristianismo. De esa reflexión nació la "filosofía de la historia", pero, como Hegel era idealista y metafísico, dijo que la historia era el desarrollo de la Idea Absoluta que se había alienado de sí misma, y que debía reencontrarse como conciencia humana en la sociedad moderna europea. Hizo falta que llegara Carlos Marx para aportar una mejor interpretación, señalando que la historia humana encuentra su sentido en la búsqueda de la sobrevivencia como especie, lo que implica satisfacer las necesidades humanas, empezando con las fisiológicas y continuando con las "espirituales", mediante el trabajo. Y que el tono de cada sociedad en concreto se obtiene de la forma específica en que organiza el trabajo socialmente y de las variantes tecnológicas (fuerzas productivas) que el ingenio humano va creando.

13. Los historiadores postmodernos, más pesimistas e individualistas, prefieren la Tesis IX de Walter Benjamín en la que, a partir de un cuadro de Klee, "Angelus Novus", éste define el ángel de la historia como el de ese cuadro que, empujado por el viento avanza con el rostro vuelto hacia el pasado. "Donde ante nosotros aparece una cadenado datos, él ve una única catástrofe que amontona incansablemente ruina tras ruina yse las va arrojando a los pies".

14. En mis clases de teoría sociológica siempre digo a los estudiantes que todos los enfoques teóricos de las ciencias sociales recogen un elemento de verdad y tienen un ámbito de validez o utilidad, dependiendo de a qué asunto se apliquen. Que el problema está cuando se eleva al absoluto un solo método para todos los problemas. De manera que, cuando se analizan los grandes conflictos sociales e históricos, el materialismo histórico nos ayuda profundamente,

pero no es muy útil si hacemos microsociología o micro-historia.

15. La parte más discutible del extraordinario ensayo aportado por Alfredo Castillero es la que se refiere a lo concreto, a Panamá. Porque me da la impresión de que hay una contradicción con lo expuesto al inicio, ya que parece apelar a cierto "determinismo" geográfico o histórico respecto a los habitantes del istmo de Panamá, muy característico de la historia oficial panameña.

16. Cuando afirma: "Después de todo, nuestra posición geográfica jalonó nuestra historia desde el comienzo y la sigue jalonando", "empujándonos irreversiblemente hacia un destino que difícilmente podemos dirigir o controlar…". Todavía se vuelve más controversial cuando en los siguientes párrafos asocia ese determinismo geográfico al "nacionalismo" e "identidad" panameña, que se originó en el siglo XIX y "maduró "en el siglo XX.

17. Castillero fue mi profesor en uno de mis cursos de maestría y fue una buena parte de su obra histórica, combinada y cotejada con la de Ricaurte Soler, la que utilicé en mi tesis de grado (Beluche, 1997). La lectura de la historia panameña aportada por Castillero me llevó a la conclusión central de mi tesis: no existía en nuestro siglo XIX en el imaginario popular un proyecto separatista o de construcción de un estado nacional independiente de Colombia. Inclusive tampoco en la clase dominante panameña, la comercial, hubo una convicción mayoritaria en favor de ese proyecto, aunque coyunturalmente fue planteado por algunas personas. Más aún, toda esa historia de "intentos separatistas" fue una creación posterior a los hechos de 1903, en los que conflictos políticos, fueron reducidos a proclamas separatistas.

18. No existe una "nación panameña" nacida hace 500

años marcados por la geografía y el "amor" entre Balboa y Anayansi. Eso es un invento de la "nación romántica", como dice Luis Pulido (Pulido, 2008). Por ello, tampoco es cierta la afirmación de que "los panameños nos independizamos de España solos y nos unimos voluntariamente a la Gran Colombia de Bolívar". Las "provincias del Istmo" no eran una "nación" en 1821, por ende, nadie habló por "los panameños", hablaron los municipios de acuerdo a la tradición española. Y hubo contradicciones sociales, económicas y culturales muy claras entre La Villa y Panamá (clases campesinas y clase comerciante). Además, las provincias del Istmo eran parte del Virreinato de la Nueva Granada desde 1839, por ende, al proclamarse las actas del 10 y del 28 de noviembre se dice con naturalidad que eran parte del estado recién creado, Colombia.

19. Asociar la identidad nacional del pueblo panameño al determinismo geográfico durante el siglo XIX conduce a otro error histórico, porque lo que caracterizó la historia social del Istmo en esa centuria fue un creciente conflicto social y político entre el pueblo del arrabal y el campesinado de Azuero contra los comerciantes y latifundistas. Liberales contra conservadores. Ese conflicto fue la tónica, desde la crisis de 1826 entre Bolívar y Santander, hasta la Guerra de los Mil Días.

20. La trampa más engañosa en la que caen historiadores y sociólogos es la del concepto "nación", con el que se pretende borrar los conflictos sociales y de clases. En el caso panameño, un ejemplo de este error lo cometió Ricaurte Soler, quien pese a ser reputado como marxista, cuando analiza el conflicto de 1860-61, otorga supuestas virtudes nacionalistas al gobernador de Panamá, Santiago de la Guardia, y critica al arrabal de Santa Ana porque se posicionó junto a su líder, Buenaventura Correoso, del bando liberal del gobierno presidido por Mosquera (Soler, 1971) (Soler,

1963).

21. En todo caso, a lo largo del siglo XIX, durante el "Panamá colombiano", el arrabal, el campesinado y una parte de los indígenas (con Victoriano Lorenzo) fue persistentemente opositor al proyecto transitista de los comerciantes, incluso con las armas en la mano.

22. El problema de la relación entre historia y nación, ya lo estableció Eric Hobsbawm: "naciones sin pasado son contradicciones en términos. Lo que hace una nación es el pasado, lo que justifica una nación contra otros es el pasado, y los historiadores son las personas que lo producen" (Hobsbawm, 1998). Por eso, la historia al servicio del nacionalismo es simplemente "ideología" como critica Castillero. Al igual que él, opino que en el siglo XXI los y las historiadores (as) de Panamá deben ser más revisionistas que tradicionalistas.

Bibliografía

Beluche, O. (1997). *Estado, nación y clases sociales en Panamá.* Panamá: Portobelo.

Castillero, A. (28 de mayo de 2023). Pensar la historia: Propuestas epistemológicas. *La Prensa*. Gasteazoro, C. (1970). "Estudio preliminar al Compendio de Historia de Panamá". En J. B. Arce,

Compendio de Historia de Panamá (págs. xx-xxi). Panamá: EUPAN. Hobsbawm, E. (1998). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.

Pulido, L. (2008). *Filosofía de la nación romántica (Seis ensayos críticos sobre el pensamiento*

intelectual y filosófico en Panamá, 1930-1960). Panamá: Editorial Mariano Arosemena.

Soler, R. (1963). *Formas ideológicas de la nación panameña.* Panamá: Ediciones de la revista Tareas.

Soler, R. (1971). *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad durante el siglo* XIX.

Panamá: Librería Cultural Panameña.

Tesis sobre la formación de la nación panameña

Recientes publicaciones permiten repensar críticamente lo que ha sido el enfoque prevaleciente sobre la conformación y evolución histórica de la nación panameña. Estos aportes historiográficos iluminan nuestro pasado permitiendo nuevas reinterpretaciones. Entre los más destacables encontramos la trilogía monumental de Patricia Pizzurno y Celestino Araúz (Araúz y Pizzurno Gelós, 1993a, 1993b; Pizzurno Gelós y Araúz, 1996), un enjundioso trabajo de Alfredo Castillero Calvo (1995), algunos artículos publicados en *Tareas* y otros en la Colección Pequeño Formato de la editorial Portobelo (Aparicio, 1997; Hernández, 1996; Porras, 1996).

Las opiniones que pasamos a señalar (posibles caminos para futuras investigaciones) emanan de la lectura de éstos y otros materiales, pero evidentemente las mismas no son imputables a dichos autores, cuyo material empírico se acerca a estas conclusiones sin que se las asuma.

La interpretación que ha prevalecido respecto a la formación de la nación panameña tiene como su actor central a la burguesía comercial citadina, cuya tarea histórica habría consistido en crear una nación con una misión: el "transitismo". Es decir, servir de zona de tránsito al comercio internacional. Ese objetivo socioeconómico, marcado por un determinismo geográfico del país, justificaría como progresivas las acciones emanadas de la clase comercial istmeña por concretar esa aspiración (Soler, 1994).

1. Partiendo del marco metodológico marxista expuesto por Ricaurte Soler (1980), respecto a la estrecha relación que guarda la conformación de la nación con el desarrollo capitalista, hemos de concluir que el proyecto transitista levantado por la clase comercial istmeña siempre ha sido un obstáculo para el desarrollo capitalista autóctono. El proyecto transitista se estructuró en función de intereses foráneos y de una clase comercial que vive de espaldas al país, dificultando un progreso agrícola e industrial propio, que pueda dar sustento al estado nacional. Usando el criterio soleriano de clasificar las clases sociales como antinacionales o nacionales, dependiendo de si constituyen un obstáculo o un estímulo al desarrollo capitalista, debemos señalar que el transitismo siempre ha sido un proyecto antinacional. Por la mezquindad de sus perspectivas, y su carácter de apéndice del capital extranjero, los comerciantes istmeños han sido incapaces de cohesionar al conjunto de las fuerzas sociales del país en torno a una perspectiva de nación. Ellos han sido un factor de dispersión del mercado interior y han saboteado los esfuerzos por la conformación de una identidad nacional panameña, colombiana o hispanoamericana frente a las pretensiones inglesas o norteamericanas. Cada acto trascendente de nuestra historia así lo confirma.

2. Las características de esta clase comercial istmeña ya se perfilaban desde la colonia, especialmente desde el siglo XVIII, cuando el contrabando (con los ingleses) se transformó en una forma privilegiada de acumulación. La incruenta independencia de 1821 estuvo signada por los cálculos taimados de estos comerciantes de intramuros que, viéndose forzados por el Grito de la Villa de Los Santos y su llamado a las fuerzas de Bolívar para que enviaran un contingente al Istmo, se convirtieron rápidamente a la causa separatista. Los historiadores constatan las rivalidades surgidas entre el interior,

representado por Los Santos y la capital. ¿Proyectos sociales y nacionales distintos? Antes de proclamar su adhesión al proyecto bolivariano, consideraron si no les convenía mejor unirse al Perú, que seguía aún bajo dominio español (Araúz y Pizzurno Gelós, 1993a, p. 24). La carencia de todo proyecto nacionalista de esta clase mercantil quedó patentada desde el inicio mismo de la Gran Colombia, cuando exigía apoyo financiero e inversiones al estado colombiano, mientras que se resistía a pagar tributos y frenar el contrabando (1993a, pp. 33-34).

3. En cada coyuntura crítica del decimonono se expresó el proyecto antinacional de la burguesía comercial istmeña, pero también se manifestó un proyecto confrontado a éste, que nace de lo profundo del "arrabal", y a veces del "interior". Sólo de pasada mencionemos:

    a. Tan temprano como 1826, aprovechando la confrontación entre Bolívar y Santander, en un acta del 13 de septiembre, los mercaderes istmeños plasman su proyecto histórico: no importa cómo se resuelva el problema político en Colombia, siempre que ambas partes concedan en convertir al Istmo en un país hanseático, bajo la tutela de las potencias comerciales de la época. El proyecto hanseático tiene una connotación claramente antinacional y, más bien constituye la reedición del estatuto colonial, bajo el dominio inglés. Lo que indica una pretensión reaccionaria, es decir, una vuelta atrás, y no progresiva como la ha presentado la historia oficial. Pero estos afanes hanseatistas de los comerciantes, no fueron compartidos por el conjunto de la sociedad panameña, lo que quedó expresado en el apoyo que recibió Bolívar de diversos municipios del interior (Araúz y Pizzurno Gelós, 1993a, pp. 56-63).

b. El proyecto hanseático resurgió otras veces, como en 1830. Ante el retiro de Bolívar del gobierno y de Bogotá, el general José Domingo Espinar, jefe militar de Istmo, propone el desconocimiento de las autoridades centrales e intenta proclamar su separación para, desde Panamá, ofrecer el mando a Bolívar y reiniciar la reconquista del poder y revivir la Gran Colombia. Bolívar rechazaría este ofrecimiento de Espinar, aunque los sectores bolivarianos se hicieron con el gobierno a través del general Rafael Urdaneta. Al tiempo que esto sucedía, un grupo de notables panameños, agrupados en la sociedad conocida como el Gran Círculo Istmeño (entre los cuales destacaban Juan José Argote, Agustín Tallaferro, José Agustín Arango, José de Obaldía y Mariano Arosemena) gestionan ante el cónsul británico la secesión de Panamá colocándolo como un protectorado inglés. Con el apoyo del arrabal santanero y de los sectores populares mestizos, indios y negros, Espinar pudo someter estos intentos anexionistas de los comerciantes criollos del intramuros. Según Castillero Calvo, éste hecho "constituye el primer ensayo de las masas populares urbanas por oponerse a las nacientes burguesías comerciales detentadoras del poder. Fue, en todo el sentido del término un movimiento de clase..."(Araúz y Pizzurno Gelós, 1993a, pp. 78-83).

   De esta manera, las masas populares istmeñas rechazaban el transitismo y reivindican para sí un **proyecto nacional de unidad colombiana.**

4. Otro mito histórico es aquel que traza un signo de igualdad entre separatismo istmeño (más bien de los comerciantes) y la concepción federalista de los círculos liberales. El federalismo, tal como fue expuesto brillantemente por Justo Arosemena no es separatista (Beluche, 1997), por el contrario, busca preservar

la unidad nacional colombiana sobre la base de reconocer las particularidades locales. Entre otras cosas, dice Arosemena (1982): "...no pretendo probar que convenga decididamente formar esos pequeños Estados independientes, más bien que conservarlos grandes, en que están refundidos sus pueblos. La moral internacional no ha hecho suficientes progresos en el mundo civilizado, i las naciones débiles no logran siempre hacer respetar sus derechos..."; luego de considerar la posible independencia, agrega "Es esto más de lo que el Istmo apetece..., mucho más cuando solo quiere un gobierno propio para sus asuntos especiales, sin romper los vínculos de la nacionalidad"; más adelante clarifica: "En la federación rigurosa hay un pacto de pueblos soberanos que sacrifican parte de esa soberanía en obsequio de la fuerza y la respetabilidad nacional..." (pp. 13-14, 71). Al respecto, el historiador Fernando Aparicio (1997), señala que en la obra *Constituciones Políticas* Arosemena argumenta que el federalismo debe ser un contrapeso al gobierno nacional, evitando la tiranía y la opresión, pero que al mismo tiempo "... el patricio istmeño es consciente del carácter antinacional que pueden asumir los caudillismos locales..." (p.15). Los criterios federalistas de Arosemena prevalecieron en las constituciones colombianas de mediados del XIX, sin que ello implicara su desmembración. Panamá no constituyó la excepción federalista de Colombia, como se ha querido hacer ver.

5. Por lo dicho, la concepción federal de Don Justo debe ser diferenciada del proyecto hanseatista, que buscaba la separación a toda costa para supeditarse comercialmente a la potencia inglesa o norteamericana. Cuando Arosemena (1996) propone una neutralidad para el Istmo garantizada por Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y Cerdeña, como hizo en 1857 (p. 65), está tratando de evitar una anexión unilateral por parte de Estados Unidos como había

ocurrido con Texas. El objetivo de Arosemena es que las cuatro potencias se neutralicen mutuamente al ser todas garantes de que el Istmo no sería puesto bajo dominio exclusivo de una de ellas. Por supuesto que esta táctica era un error, pues produciría el efecto contrario a lo deseado por Arosemena, como señaló en ese tiempo el periódico *El Centinela* (Araúz, 1996, p. 39). Importa destacar que el objetivo de Arosemena era contrario al de los hanseatistas de 1826. Arosemena sueña con la explotación comercial de la zona de tránsito, pero no bajo el designio inglés o norteamericano, sino como punta de lanza de un desarrollo industrial nacional. Este aspecto también ha sido señalado por Fernando Aparicio (1997), que distingue la propuesta federativa de Don Justo de las fórmulas hanseatistas y las anexionistas de otros sectores (p. 19).

6. Otro mito construido para justificar la actuación de los "próceres" panameños de 1903, consiste en otorgar objetivos separatistas a los liberales istmeños que lucharon en la Guerra de los Mil Días. Si bien el liberalismo tenía en su programa la divisa federalista, éstos no pretendían la secesión. De las fuerzas conservadoras istmeñas, las que enfrentaron la insurrección liberal-popular encabezada por Porras y Victoriano, es de donde salieron las propuestas separatistas. Sobre la derrota del liberalismo radical es que los conservadores, con algunos liberales, fraguaron la conspiración que nos convirtió en protectorado norteamericano. Porras (1996) aclara su opinión cuando repudia el Tratado Herrán Hay. Hablando en nombre de "todos los colombianos", y calificando al otro sector de "los canalistas a toda costa", señala: "No somos, sin embargo, de los que creemos que el Istmo de Panamá debe construir el Canal a toda costa, aún a riesgo de la desmembración de nuestra patria colombiana, si es verdad que el Istmo ha adquirido

su propia personalidad a través de toda su historia y que tiene derecho de exigir, ...La autonomía federal, para conservar nuestra independencia interna, no soy, repito, de los que creen que debemos separarnos de Colombia... no podemos pensar mezquinamente en que debemos separarnos de Colombia" (pp. 2-12, 10-11).

7. Las consideraciones anteriores deben servirnos de pauta para acabar con la mezcolanza de acontecimientos disímiles que la historia oficial nos ha servido en el mismo plato, con el único objetivo de legitimar lo sucedido en 1903, como si del cumplimiento de un "destino manifiesto transitista" se tratase. Pese a la resistencia de muchos historiadores por admitirlo, del cúmulo de hechos resalta con claridad que la "separación" de 1903 no fue producto de un movimiento popular nacionalista (contra el supuesto "olvido" en que nos tenían sumidos los colombianos), sino la confluencia de intereses imperialistas norteamericanos en asocio con algunos de sus empleados de la Compañía del Ferrocarril y otros mercaderes istmeños. Por supuesto, la oligarquía colombiana (o "cachaca") no sale moralmente mejor librada que la panameña ya que la secesión panameña fue el justo pago que recibió por sus constantes apelaciones al intervencionismo norteamericano desde 1846, y en especial durante la Guerra de los Mil Días. Rolando Hernández (1996) cita abundante material que prueba que el afán separatista nace de los intereses metálicos de la alta burguesía istmeña. Por ejemplo, cuando Ricardo Arias, en defensa del Tratado Herrán-Hay espeta a Juan B. Pérez y Soto "tú no tienes propiedades de mayor cuantía aquí (...) yo si poseo extensas propiedades (...) De allí nuestra manera diferente de ver las cosas" (p. 5). Pizzurno y Araúz (1996) también documentan sobre el origen social de las ideas separatistas, e incluso consignan la resistencia inicial de

Chiriquí y de los gunas en avalar este movimiento, y en general el escepticismo imperante en el pueblo, de acuerdo con estimaciones de Oscar Terán (pp. 13-14).

8. Solo la visión crítica de nuestra historia, asumiéndola tal y como fue, nos permite resolver las incógnitas planteadas por los pensadores panameños respecto a si somos o no una nación, o un "proyecto" de ella, los problemas de la constitución del concepto de lo nacional entre nosotros, del desprecio reiterado de las clases dominantes por nuestra cultura e historia, etc. El 3 de noviembre de 1903 no surgió al mundo una nación independiente, libre al fin de ataduras contra las que luchó su pueblo por mucho tiempo, como nos han querido hacer creer, sino un país intervenido por una potencia extranjera que había sido desgajado de lo que quedaba del gran proyecto nacional bolivariano. De allí que, dadas las nuevas circunstancias, la constitución de un nuevo concepto de la nación y lo nacional ha sido un parto difícil y traumático, nacido fundamentalmente de dos perspectivas diferentes, que muchas veces se cruzan o confluyen, y otras se contraponen:

    a. Los sectores ilustrados de las capas medias de la sociedad istmeña, abrumadoramente liberales que (como Eusebio A. Morales, Belisario Porras, Moscote, Méndez Pereira, etc.) habían pactado con la oligarquía comercial terrateniente para ser asimilados en el gobierno y la administración pública de la nueva república. Ellos, por sus miras más amplias y mayor cultura, así como por su distinto signo social, sentaron las bases intelectuales e institucionales de la nación panameña, especialmente a partir de 1912. Por supuesto, el carácter social ambivalente de estas capas medias, así como su pacto con la oligarquía (y el imperialismo norteamericano a través de ella) los

llevaron a un discurso contradictorio, nacionalista pero que, ante las disputas internas y la sublevación popular, no vacilaba en apelar a la intervención norteamericana. Ellos en gran medida son los creadores de los mitos históricos a los que acabamos de referirnos, intentado dar una coherencia nacional de que carecía el proyecto transitista de la clase dominante. En las décadas posteriores, en la medida que el liberalismo perdía sus elementos progresivos, este papel fue asumido por algunos intelectuales socialdemócratas y comunistas.

b. En el otro extremo, desde lo más bajo de la escala social se ha ido construyendo, a lo largo del siglo xx, otro concepto del nacionalismo panameño, que se ha edificado espontáneamente, sin raciocinios profundos, pero con claro instinto de defensa de la cultura y la dignidad históricas mancilladas por la presencia ignominiosa del imperialismo norteamericano. Es la respuesta popular heredada desde el Incidente de la Tajada de Sandía, reiterado tantas veces desde la misma década de 1910, tatuada en la sangre de los mártires del Movimiento Inquilinario de 1925, del 9 de enero de 1964 y del 20 de diciembre de 1989. Este concepto de lo nacional panameño no es para nada chauvinista, ni anticolombiano, y si tiene un claro toque antimperialista. Es el que impuso a Estados Unidos y a la oligarquía "nacional", la eliminación del oprobioso artículo 136 de la Constitución de 1904, la ruptura con el Hay-Bunau Varilla y tantas otras conquistas nacionalistas. Pero, por tener mucho de inconsciente y espontáneo, es inconstante y reiteradamente acaba entregando su confianza en las clases dominantes,

creyendo ingenuamente que éstas comparten con él la defensa intransigente de lo nacional (como cuando se entregó en 1964 la bandera rasgada al presidente Chiari, o durante el régimen del general Torrijos). También es un nacionalismo inmaduro en la medida en que no ha construido su propia versión crítica de la historia panameña, por lo que acaba a menudo repitiendo los mitos históricos que favorecen a las clases dominantes (y antinacionales).

9. Se desprende del análisis concreto una conclusión metodológica, el hecho nacional no es un todo orgánico unánime, ni inmutable. Por el contrario, es esencialmente dialéctico, es decir, contradictorio y cambiante. Sobre la base de una comunidad cultural heredada históricamente, las clases sociales de cada país poseen proyectos nacionales propios, que no siempre son convergentes y las más de las veces son contradictorios. La burguesía de las grandes naciones imperialistas logró consolidar su régimen social agrupando bajo la bandera nacional y revolucionaria a las clases subalternas en el momento clave de su historia. Pero las clases dominantes de Nuestra América fracasaron en dicho empeño, debido a su atraso económico y social, y al dominio comercial inglés, que llevaron al fraccionamiento sucesivo del proyecto nacional hispanoamericano y grancolombiano. A partir del surgimiento de la fase imperialista del capitalismo esta burguesía ha sido sometida con mayor fuerza, perdiendo cualquier arista revolucionaria y, por lo tanto, siendo incapaz de culminar su obra histórica, la constitución de naciones independientes.

Por eso las clases subordinadas, encabezadas por el proletariado y otros sectores populares (estudiantes, intelectuales, campesinos) son las que retoman (conscientemente o no) la tarea de defensa de

la nación frente a la voracidad imperialista. El proyecto histórico del proletariado no es la constitución de naciones, sino el de un régimen social de libertad e igualdad para toda la humanidad, el socialismo; pero para poder llegar a él debe luchar por la redención de las naciones oprimidas. En Nuestra América, ambos proyectos confluyen en la brega por reconstituir nuestra gran nación fragmentada, encabezada por la clase revolucionaria del presente, los trabajadores y el pueblo.

Bibliografía

Aparicio, F. (1997). *Liberalismo, federalismo y nación*. Portobelo.

Araúz, C. A. (1996). Justo Arosemena ante el expansionismo de Estados Unidos. *Tareas*, *94*, 39-64.

Araúz, C. A., y Pizzurno Gelós, P. (1993a). *El Panamá colombiano (1821-1903)*. Primer Banco de Ahorros; La Prensa.

Araúz, C. A., y Pizzurno Gelós, P. (1993b). *El Panamá hispano (1501-1821)*. Primer Banco de Ahorros; La Prensa.

Arosemena, J. (1982). *El estado federal de Panamá*. Editorial Universitaria.

Arosemena, J. (1996). La neutralidad del istmo de Panamá. *Tareas*, *94*, 65-68.

Beluche, O. (1997). Justo Arosemena y el problema de la unidad latinoamericana. *Tareas, 95*, 75-83.

Castillero Calvo, A. (1995). *Conquista, evangelización y resistencia. ¿Triunfo o fracaso de la política indigenista?* Mariano Arosemena (INAC).

Hernández, R. (1996). *Aproximación crítica a la Independencia de 1903*. Portobelo.

Pizzurno Gelós, P., y Araúz, C. A. (1996). *Estudios sobre el Panamá republicano (1903-1989)*. Manfer.

Porras, B. (1996). *La venta del Istmo: Manifiesto de la nación*. Portobelo.

Soler, R. (1980). *Idea y cuestión nacional latinoamericanas*. Siglo XXI.

Soler, R. (1994, diciembre). La independencia de Panamá de Colombia. *Lotería: Ricaurte Soler, pensamiento filosófico, histórico y sociológico, 400*, 57-65.

Reflexiones sobre la historia de Panamá

Saludo el interés del amigo Julio Linares por leer con detenimiento y contestar mi artículo "La separación de Panamá de Colombia. Mitos y Falsedades". Artículo que, por cierto, permanece inédito en nuestro país, al igual que el suyo, y que sólo se ha conocido gracias a la magia cibernética de la Internet y el boletín electrónico Argenpress, lo que ya dice algo respecto al clima prejuiciado con que este tema se trata en Panamá.

Repito que agradezco a Julio Linares quien da importancia a estas reflexiones históricas, contrario a la actitud de su hermano, Adolfo Linares, el cual, siendo viceministro de Educación en 2003, condenó que el diario La Prensa dedicara un espacio a mis opiniones sobre la separación de Colombia. A diferencia de Adolfo, Julio ha dado muestras de ser un hombre serio, respetuoso y bien intencionado. Pero, como dice el refrán: "el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones".

Parece increíble que en Panamá muchos intelectuales, incluso entre los auto titulados "marxistas", hacen coro a las interpretaciones históricas construidas por la oligarquía y sus amos norteamericanos, pese a que los hechos están bastante claros. Que algunos historiadores avivatos, con afán de "hacer carrera" y recibir favores, canten loas a las clases gobernantes se comprende; pero hay que hacer gala de una inocencia rayana en el idiotismo, para que digan lo mismo supuestos "progresistas" y "antiimperialistas". Menos Linares, que viene de una casta de expertos

en relaciones internacionales y debiera saber, por ello, cómo se ha construido el mundo de la globalización imperialista bajo el capitalismo.

El gran argumento de estos historiadores míticos, ya sean cínicos o inocentones, que echan el cuento de una supuesta "independencia" de Panamá de Colombia en 1903, se basa en asumir como cierta la historia de lo sucedido narrada por uno de los principales actores, el abogado residente de la norteamericana Compañía del Ferrocarril de Panamá, don José A. Arango, abuelo de una de las familias oligárquicas, en sus "Datos para la historia". "Datos" conscientemente construidos para tratar de ocultar el zarpazo imperialista de Estados Unidos contra Colombia el 3 de Noviembre de 1903. "Datos" escritos para poner de acuerdo al puñado de "próceres" que estaban hablando de más y contradiciéndose a inicios de la "República independiente".

La propuesta central se resume en decir que la idea de separar a Panamá de Colombia fue de Arango y no de su jefe, el influyente abogado neoyorkino, "lobbista" y representante legal de las Cía. del Ferrocarril de Panamá, de la Nueva Compañía del Canal (francesa) y de banqueros como J.P. Morgan, William N. Cromwell. Según este mito, la idea separatista fue auténticamente "nacional". Con esto quedaría lavado el "pecado original" de la intervención yanqui de 1903.

Dice Arango que a él se le ocurrió la idea de la separación allá por abril o mayo (no precisa la fecha), y que luego de meditarlo con sus "hijos y yernos", y con Amador Guerrero, tomó la determinación y envió al agente de fletes de la Cía. del Ferrocarril (hombre de confianza de Cromwell) el "noble Capitán Beers" (James Beers) a conseguir el apoyo de la "Gran República", a través de un "caballero", que no nombra pero que es el mismísimo Cromwell.

Todo el mundo sabe que las decisiones claves en el mundo de los negocios de estos monopolios imperialistas se toman de arriba a abajo, y no al revés. Máxime en aquellos tiempos en que las clases gobernantes norteamericanas estaban imbuidas del espíritu del "gran garrote", estaban convencidas de su superioridad intelectual sobre los bárbaros latinoamericanos y practicaban un racismo ostentoso.

El autor de la más completa historia de la separación de Colombia ("Del tratado Herrán-Hay al Tratado Hay Bunau Varilla. Historia crítica del atraco yanqui, mal llamado en Colombia la pérdida de Panamá y en Panamá nuestra independencia de Colombia"), el panameño Oscar Terán, da cuenta de una reunión secreta en Jamaica entre Cromwell y Arango, ocurrida por esas fechas. Por cierto, Oscar Terán fue un abogado conservador, diputado por Panamá en 1903, que vivió los acontecimientos y luego hizo este libro de dos tomos bien informados. Sin embargo, tanto la figura de Terán como su libro permanecen ocultos al público panameño. Incluso, al publicar su trabajo, allá por 1936, fue perseguido y se le amenazó con la deportación.

Julio Linares afirma que la cronología de los hechos no confirma que la separación de Colombia fue por obra y gracia de los intereses imperialistas norteamericanos. Y pierde algunas líneas especulando sobre la fecha en que Beers llegó a Nueva York, con el "encargo de Arango", y el tiempo que le tomó regresar a Panamá con la respuesta.

Aún si volviéramos a una edad mental inferior a los 7 años, recuperando la inocencia perdida, y creyéramos que la idea de la separación fue de Arango y no de Cromwell, como pretende Linares, tendría que haber evidencia de que los "próceres" panameños actuaron de modo independiente a la voluntad del imperio. Pero, al contrario, estos "panameños" sólo actuaron

cuando los norteamericanos lo ordenaron y bajo los parámetros que les llegaron del norte.

¿Dónde están las revueltas, sublevaciones y manifiestos previos a la invasión militar norteamericana del 3 de Noviembre de 1903? No existen.

La cronología lo prueba, pese a las dudas de Linares:

1. **A inicios del siglo XX, no existe ningún acta, ni se ha registrado ninguna sublevación, ni ningún movimiento separatista del pueblo panameño, antes del hecho del 3 de Noviembre de 1903**. Entre las mentiras que nos enseñaron en secundaria, se decía que el Partido Liberal panameño durante la Guerra Civil de los Mil Días (1899-1902) levantó la consigna separatista. El más destacado general liberal panameño, **el líder campesino-indígena Victoriano Lorenzo, al ser fusilado el 15 de mayo de 1903, dijo: "ruego por la unidad de todos los colombianos"**. Y cuando leí el manifiesto del otro líder liberal panameño de la época, **Belisario Porras, titulado "La venta del Istmo", y publicado en mayo de 1903**, en el que taxativamente se mostraba contra el Tratado Herrán Hay y contra la idea de separar a Panamá de Colombia de la que ya se rumoraba. Como bien dice Porras, los liberales en general, y los panameños en particular, **eran federalistas y no separatistas**.

2. **El Tratado Herrán-Hay fue firmado en enero de 1903**. Pero enseguida fue rechazado por la opinión pública panameña y colombiana, por dos motivos: **se imponía una Zona del Canal bajo soberanía y ocupación norteamericana** (esto no había pasado con el acuerdo Salgar Wyse, firmado con los franceses) y porque lo ofrecido en el plano

económico era irrisorio: **Colombia recibía 10 millones de dólares al inicio y una anualidad de 250,000** cuando estuviera en funcionamiento (pero ya el ferrocarril pagaba una anualidad semejante). En cambio, **los accionistas (franceses y norteamericanos) de la Cía. Nueva del Canal recibirían 40 millones de dólares**. Esto último hizo dudar al corrupto gobierno colombiano encabezado por el Sr. Marroquín, quien giró instrucciones al embajador Herrán que renegociara el aspecto económico.

3. **El papel del Sr. William Cromwell en este asunto fue de primer orden en todo momento**, incluso fungió como "asesor" de los negociadores colombianos Martínez Silva, Concha y Tomás Herrán. Y, ese papel lo mantuvo hasta el final, contrario al mito que defiende Linares, que pretende que dejó este "negocio" para irse a París. Los intereses de Cromwell consistían en que, además de ser abogado de la Cía. Nueva del Canal y lobbista para convencer a Roosevelt de construir el canal por Panamá y no por Nicaragua (plan original), era **beneficiario de los 40 millones que se pagarían por las acciones del Canal Francés y dirigía a los accionistas norteamericanos que, en secreto, se habían hecho codueños de esta empresa**.

4. **El 17 de marzo de 1903, Roosevelt logra la ratificación del tratado en el Senado**, derrotando finalmente a los duros proponentes de la opción nicaragüense. Sin embargo, para ese momento era evidente que el tratado enfrentaría una dura oposición en Colombia y ya se dudaba de su ratificación. Esto motivó que el 20 de marzo, el embajador Herrán escribiera al gobierno colombiano el siguiente mensaje: **"Si desafortunadamente este tratado fracasara en aprobarse en el Congreso (colombiano)**, ocurrirá uno de estos dos resultados. Ya sea que Estados

Unidos, de acuerdo con la Ley de 26 de junio de 1902, celebrará tratados con Nicaragua (en cuyo caso, no habría la esperanza de que un canal se terminara por Panamá) **o que, si los Estados Unidos no está dispuesto a abandonar la ruta por Panamá, se apoderará del Istmo por la fuerza y haría sus propias disposiciones para retenerlo...”**. En la primera opción Roosevelt quedaría como un tonto, lo que jamás aceptaría dado su carácter, y Cromwell perdería su negociado.

5. **El siguiente paso era la ratificación del tratado por el Congreso colombiano, convocado para reunirse a tal efecto a mediados de junio de 1903**. Como la oposición al tratado era grande, y Marroquín dudaba, las amenazas contra el gobierno y el congreso colombiano fueron inmediatas y directas, por parte del embajador norteamericano en Bogotá, Sr. Beaupré, por Cromwell y por el mismo Teodoro Roosevelt. En esencia el mensaje era: o ratifican el tratado, sin cambiar una coma, o aténganse a las consecuencias, es decir, la toma de Panamá por EEUU. **El 28 de abril, Beaupré envió el siguiente mensaje: “Si Colombia rechazara ahora el tratado o retardara excesivamente su ratificación, el amistoso entendimiento entre las dos naciones se vería tan seriamente comprometido, que la acción que pudiera tomar el Congreso el próximo invierno, la lamentaría cualquier gobierno amigo de Colombia”**. ¿Más claro?

6. **Una semana antes de reunirse el Congreso colombiano, luego de una reunión con Roosevelt, Cromwell hace publicar el famoso artículo de su amanuense Roger Farham en un periódico de Nueva York (13 de junio)**. Es un artículo para que fuera leído por el gobierno y la opinión pública colombiana que, **en esencia dice que Roosevelt ya**

se decidió por la ruta panameña, que no va a echar atrás, que su primer plan (Plan A) es que Colombia ratifique el tratado como está, y no hay problema, y su segundo plan (Plan B), si esto no sucede, van a apoyar la separación de Panamá, a imponer un gobierno republicano aquí que sí va a ratificar el tratado. Según el articulista, **el Plan B, a esa fecha, ya ha sido discutido por el gabinete de Roosevelt y con varios senadores**.

7. El artículo es una amenaza directa y un vaticinio de lo ocurrido posteriormente. Pero su objetivo primario es que el congreso colombiano ratifique el tratado, tal y como ha pillado la mente aguzada de Linares. Pero Linares y los mitólogos panameños leen los hechos al revés, el artículo demostraría que Arango en pocas semanas convenció al mismísimo Roosevelt y su gobierno, pero que a esa fecha se resistían al Plan B, y que eso demuestra que Arango era independiente del Tío Sam. De nuevo la pregunta es: **¿Qué hicieron Arango y los "próceres"? ¿Se sublevaron para imponerle a** EEUU **y Colombia la separación? Es un hecho que no. Esperaron las órdenes de Washington que, por el momento, esperaba la decisión del Congreso colombiano**.

8. **En julio, dado que las cosas no marchaban como esperaba EE. UU., el mayor acto "conspirativo", consistió en una reunión (28/7)** narrada en el libro de Ovidio Díaz, en una finca de La Sabana, propiedad de los millonarios hermanos Arias Feraud. **La composición de los asistentes demuestra lo que los mitólogos quieren ocultar, la estrecha vinculación del imperialismo yanqui con la conspiración separatista: H. Grudger, cónsul norteamericano; H.G. Prescott, de la Cía. del Ferrocarril; Austin C. Harper, ingeniero norteamericano; el mayor W. M. Black y el teniente Mark Brooke del ejército yanqui; y los**

panameños Carlos Arosemena, J.A. Arango y el general (sobornado) del ejército colombiano Rubén Varón. El historiador norteamericano Miles P. Duval dice sobre esta reunión: "Discutieron los planes para una revolución; Mr. Grudger fue uno de los principales oradores". ¿De qué "independencia" habla Linares?

9. Pese a las reuniones conspirativas y las amenazas abiertas, EE. UU**. continúa esperando la decisión del Congreso colombiano, la cual se produce el 20 de agosto de 1903. El Congreso colombiano adopta una resolución por la cual no se rechaza el tratado, pero se posterga su aprobación para el 31 de octubre de 1904, con el objetivo expreso de negociar una mejor condición económica, cuando ya hayan cesado los derechos de la Cía. Nueva del Canal. La idea es que Colombia reciba 25 millones de dólares, en vez de los 10 millones que establece el tratado. Estados Unidos se ahorraría otros 25 millones**. No era mala idea, ni para Roosevelt. **Salvo el pequeño detalle desconocido por los senadores colombianos (entre ellos dos panameños) de que, al dejar por fuera del negocio a la Compañía Francesa, dejaban por fuera al inefable William Cromwell y sus socios. Esta resolución es la que precipita los acontecimientos y decide a Roosevelt por el Plan B. Es entonces cuando Amador Guerrero viaja a Nueva York a ver a Cromwell (su jefe) para ultimar los detalles de la separación, el 26 de agosto. ¿Es casualidad?**

10. **Amador Guerrero llega a Nueva York el 1 de septiembre**, acompañado del dueño del diario La Estrella de Panamá, el cubano norteamericano José G. Duque. No vamos a repetir aquí, pues ya lo hicimos en el artículo anterior, los incidentes que llevaron a Cromwell y los altos funcionarios norteamericanos a tratar con Amador a través de su

socio Bunau Varilla. Lo importante es que **Roosevelt daba curso al Plan B, pero seguía presionando al gobierno y al Congreso de Colombia para que cambiaran de opinión ratificando el tratado. Por ello Amador es retenido en Nueva York hasta bien entrando octubre**. Finalmente, cuando los detalles están listos a fines de octubre Bunau Varilla embarca a Amador para Panamá, **con una maletita que contenía instrucciones precisas, un código secreto, una bandera y la Constitución Política del protectorado en que se había convertido Cuba luego de la guerra de 1898. Paralelamente, Roosevelt da instrucciones a las flotas del Pacífico y el caribe para trasladarse a Panamá** (ver órdenes cablegráficas en el libro de Terán).

11. **El 31 de octubre cierra sus cesiones el Congreso de Colombia sin ratificar el Tratado Herrán–Hay, dando paso al Plan B vaticinado por Farham en junio**. Amador llega a Panamá el 27 de octubre y se reúne en casa de la familia Boyd (comerciantes de origen irlandés), con el puñado (no mayor de 10 personas) de conspiradores panameños, los cuales se ven atribulados por las dudas y temerosos (como confiesa después Tomás Arias), salvo el Sr. Arango. **La garantía que le piden a Amador para sumarse es que** EE**.** UU**. asegure la presencia de sus acorazados. Compromiso asumido por Amador que cablegrafía "Urge vapor Colón" (29/10/03)**. Los pocos días que restan entre el 27 de octubre y el 3 de noviembre, **¿hubo alguna sublevación popular independentista panameña? No Lo que hubo fue el esfuerzo denodado de Amador por sobornar a Huertas**, general en jefe de las tropas colombianas en Panamá, como este último confiesa en sus memorias (claro, diciendo que no aceptó).

12. El resto de la historia es conocida, salvo por la juventud

panameña a la que los mitólogos le echan cuentos en los libros de texto de nuestras escuelas**. El movimiento separatista estaba previsto para el 4 de noviembre, pero el día anterior en la madrugada llega el vapor Cartagena con 500 soldados y varios generales de relevo al puerto de Colón. Julio, ¿qué hacen los "próceres"? ¿Salen, armas en mano a enfrentarse a los "invasores colombianos"? No. Les entra canillera, como reconoce Amador. Quienes pasan a jugar un rol central son los norteamericanos gerentes de la Cía. del Ferrocarril. En especial el coronel Shaller, jefe de la empresa en Colón, y Prescott en Panamá**, que convencen a los oficiales a viajar a Panamá sin la tropa con la excusa de que no tienen trenes. Julio, ¿sale el pueblo panameño a las calles para aplastar a los cinco oficiales colombianos cuando arriban a Panamá al mediodía del 3 de Noviembre? Tampoco. Es a las cinco de la tarde cuando el sobornado Huertas les detiene y Arango le lanza la famosa expresión: "Salvaste la vaina".

13. Luego de eso es que, según el mito, aparece el pueblo, pero el "pueblo" no eran más que los bomberos dirigidos por J.G. Duque según narra Oscar Terán. **¡Al día siguiente en la mañana marchan (leer a Miles P. Duval) Amador Guerrero enarbolando la bandera panameña y a su lado el cónsul Erhman con la bandera norteamericano, bajo gritos de "¡Viva Panamá! ¡Viva Estados Unidos de América!" En Colón, al amanecer el 4 de noviembre, cuando la tropa es informada del arresto de sus oficiales intenta tomar los trenes y bajan los soldados del acorazado Nashville y rodean la estación amenazando con el combate a las tropas colombianas**.

14. El oficial no tuvo valor para tomar una decisión (coronel E. Torres) y al día siguiente (5 de noviembre), entre el

guayabo de algunos tragos, 8,000 dólares en el bolsillo y el avistamiento del acorazado Dixie que entraba al puerto, con 500 soldados yanquis, decide volverse para Cartagena sin disparar un tiro. **El 6 de noviembre se hace el acto de izada de la bandera de la nueva república en Colón y, como correspondía el honor se les dio a los verdaderos gestores, el coronel Shaller, que lo cedió al uniformado oficial de inteligencia William Murray Black, entre vítores a** EE. UU. Esa es la historia de la "independencia".

15. **¿Debo repetir que, al 6 de noviembre, cuando** EE. UU**. Reconoce a la "nueva república", la mayoría de los habitantes del Istmo ni sabían, ni habían adherido a ningún movimiento separatista?** ¿Hay que insistir en que en estos hechos el pueblo fue convidado de piedra, espectador de una invasión de hasta diez acorazados, enviados por Roosevelt, con miles de soldados? **¿Hay que repasar a Terán, que cita los decretos que forzaban a los istmeños a reconocer el nuevo estado de cosas so pena de deportación?** ¿Todavía se duda de los sobornos ("fondo de los reptiles" les llama Terán) con que se enriquecieron muchos "próceres", **pero por qué no aparece consignado cómo se usó en el presupuesto el millón de dólares con que se "fundó" la república?**

16. Dinero pagado a través del banco de los hermanos Lindo, del cual adelantó 100 mil dólares Bunau Varilla y otros 100 mil Mr. Cromwell, y luego se lo cobraron directamente del primer millón. Para no mencionar que el verdadero ideólogo de la separación, **William N. Cromwell, no sólo fue beneficiario de parte de los 40 millones pagados a la Cía. Francesa, y por lo pagado a la Cía. del Ferrocarril cuando pasó a manos del gobierno norteamericano, sino que administró 6 de los 10 millones pagados a Panamá,**

con el título de cónsul general de Panamá en Nueva York, cargo que ostentó hasta entrados los años 20.

En verdad que hay que ser un cínico completo o un tonto de capirote para hablar a estas alturas de la "opresión" colombiana a Panamá, de la lucha por la "independencia" en 1903, del papel "secundario" de EE. UU. en este asunto, del "heroísmo" de los "próceres". Pero esto es lo que se enseña en nuestras escuelas como objeto de fe. Claro que esa interpretación histórica beneficia a las clases gobernantes de hoy, cuyos bisnietos siguen gobernando ininterrumpidamente desde 1903, y al imperialismo yanqui que es presentado como "benefactor" del pueblo panameño.

La misma deformación histórica se sigue haciendo en el presente cuando, frente a la invasión norteamericana del 20 de diciembre de 1989, se la presenta como la liberación que EEUU nos regaló contra la dictadura del malo (y feo) general Manuel A. Noriega. Quienes tuvieron el valor de enfrentarla se les presenta como maleantes "norieguistas", así como a los que se opusieron a los hechos de 1903 (y a los que hoy rescatamos la verdad) nos llaman "colombianos" (lo que ha pasado a ser un insulto). "Cosas veredes, Sancho".

La evidencia final, mi estimado Julio Linares, de que no hubo ninguna independencia panameña en 1903, y **que nos convertimos en una colonia o protectorado yanqui, es que el pueblo panameño tuvo que luchar durante todo el siglo** XX **contra las nefastas consecuencias del 3 de noviembre y el oprobioso tratado que la motivó. Como ya dijimos, los verdaderos héroes de la patria son los que lucharon contra la Zona del canal y las bases militares, no los "próceres" del 3/11/03. Pero estos no aparecen en los libros de historia de nuestras escuelas**.

Julio, creo que tienes un problema ocular o de lecto-escritura,

cuando me acusas de contradecirme, porque en un artículo de 1996 dije: "La fortaleza de la panameñidad se nutre de los héroes populares que, desde mediados del siglo XIX hasta el presente, vienen enfrentando con su cuerpo y sangre la opresión norteamericana y sus agentes nacionales...". Eso es así, la **lucha contra la presencia imperialista norteamericana, y** NO CONTRA COLOMBIA**, como quieren hacer creer quienes han deformado los hechos del siglo XIX para justificar la traición de 1903**.

Los *Ensayos sobre Nación, nacionalismo e historia* de Olmedo Beluche, sociólogo de profesión, son el fruto de un riguroso trabajo de investigación en el que el autor recurre a un sólido marco teórico-conceptual e histórico. A través de este enfoque, Beluche no solo analiza, sino que también cuestiona y debate, de manera crítica y profunda, diversas producciones académicas relacionadas con los conceptos de nación, nacionalismo e historia.

El autor explora estos temas desde una perspectiva interdisciplinaria, integrando elementos provenientes de la filosofía, las ciencias sociales y las humanidades. Su obra pone en evidencia la evolución de estos conceptos dentro del campo de la historiografía, reflexionando sobre cómo han sido abordados y desarrollados a lo largo del tiempo por distintos pensadores y corrientes teóricas.

Este enfoque le permite a Beluche presentar una visión crítica y exhaustiva, que no solo responde a los debates actuales en torno a la idea de nación y nacionalismo, sino que también invita al lector a reconsiderar las narrativas históricas tradicionales y los fundamentos sobre los cuales se han construido.

CIFHU
UNIVERSIDAD DE PANAMÁ
IIH-UP
UNIVERSIDAD DE PANAMÁ